

Históricas Digital



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

“La visión de nuestro tiempo”

p. 153-216

Martín Quirarte

Historiografía sobre el imperio de Maximiliano

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1970

268 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea 9)

[Sin ISBN]

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2019

Disponible en:

www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/127/historiografia_imperio.html

D. R. © 2019, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Nuestro papel, historiadores, es estar primeramente, al ras del suelo, en contacto con las cosas y los seres, con lo que se ve, lo que se prueba objetivamente. Ahora bien, es nuestra falta si en este cruce de caminos en que se encuentran las titubeantes ciencias sociales, todos los contactos con los hechos, las cifras, las estadísticas aumentan nuestras dudas, si nuestras curiosidades ensanchadas parecen plantear más bien que resolver, nuevos y apasionantes problemas.

FERNANDO BRAUDEL





LA VISIÓN DE NUESTRO TIEMPO

EGON CAESAR CONTE CORTI. El año de 1965, en la revista *Anuario de Historia de México* publiqué un artículo en el que hacía referencia a la falta de estudios de conjunto sobre la intervención francesa y el Segundo Imperio.

A punto de tener lugar el centenario de la caída de Querétaro en poder de los republicanos, nada parece revelar que haya la posibilidad de que se publique una obra mexicana de gran mérito sobre el período de la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. Es de esperarse que durante el año de 1967 habrá multitud de artículos, folletos y aun libros para conmemorar el triunfo de la República. Lo que dudo es que surja una historia de gran aliento comparable a la que en otros tiempos escribieron Manuel Rivera Cambas, Justo Sierra y Carlos Pereyra para hablar de la tentativa política de Napoleón III en México y el drama imperial que se liquidó en el Cerro de las Campanas.

No es incurrir en hipérbole, si declaramos que en los últimos cuarenta años, hemos dejado a los extranjeros la gloria de publicar las dos obras mejor documentadas que se hayan elaborado sobre la intervención francesa y el Segundo Imperio. Gracias apenas a los importantes trabajos de José Fuentes Mares, el México actual se salva un poco del sonrojo de tener que confesar que no se ha hecho nada comparable a los estudios de Ralph Roeder y de Egon Caesar Conte Corti.

No es mi propósito señalar las causas por las cuales no se ha dado en los últimos tiempos toda la importancia debida al estudio de estos temas. De lo que estoy convencido es de la necesidad de analizar lo que hasta ahora se ha publicado, antes de emprender trabajos generales. Es imperiosa la urgencia de hacer un estudio de la historiografía del período, labor sin duda alguna que reclama muchos años de investigación.¹

En el mismo año, en otro artículo publicado en *Historia Mexicana*, insistí sobre la carencia de tales obras.

Es innegable que desde los tiempos de Justo Sierra y de Carlos Pereyra, no se ha escrito un libro comparable por su poder de síntesis y la profundidad de sus reflexiones al monumental libro *Juárez, su obra y su tiempo*. Pocos son los que han querido com-

¹ *Anuario de Historia*. Facultad de Filosofía y Letras. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965, p. 49.

prometerse con el estudio de la intervención francesa y el Segundo Imperio. Algunos folletos y libros se publicaron con motivo del centenario de la victoria del Cinco de Mayo. Pero hasta la fecha no se ha hecho un estudio de conjunto que abarque los sucesos que van de 1861 al triunfo definitivo de la República. La historia política del Segundo Imperio apenas si ha sido abordada.²

Mis predicciones se cumplieron. Yo hubiera preferido equivocarme, porque habría tenido en compensación la posibilidad de gozar la lectura de una obra de criterio mexicano, que desde hace muchos años esperamos. No nos dejemos sin embargo, vencer por el escepticismo. Estamos viviendo un momento en que los materiales sobre el Segundo Imperio mexicano se van acumulando en forma sorprendente. Poseemos dos copias del archivo de Maximiliano, cuyo original se encuentra en Viena y que constituyó la fuente de consulta más importante de que dispuso Egon Caesar Conte Corti para la redacción de su *Maximiliano y Carlota*. A don Jorge L. Tamayo se le debe una labor de investigación sin paralelo en los últimos años. Gracias a su tenacidad han podido publicarse más de 60,000 documentos sobre Juárez, gran parte de ellos inéditos o de difícil consulta. Los trabajos sobre fuentes documentales, con el propósito de guiar a los investigadores y de publicación de documentos efectuados por Lilia Díaz, Ernesto de la Torre Villar y Guadalupe Monroy, constituyen una aportación de primer orden.

Si no ha habido estudios de conjunto no han faltado monografías importantes. Creo entonces que tenemos los elementos necesarios, para que en una época no muy lejana se comiencen a redactar las obras de síntesis que tan necesarias nos son. Cuando esta noble aspiración logre su completo buen éxito, sin duda alguna que los libros publicados por los extranjeros, habrán servido también como valiosa fuente de consulta.

En el presente libro me propuse como objetivo fundamental, destacar los juicios de los contemporáneos del Segundo Imperio. Pero consideré que el estudio sería más completo, si se dedicaba la parte final del mismo para dar la visión de nuestro tiempo. Tenemos que decir por anticipado que salvo las obras de Egon Caesar Conte Corti, Hélène de Reinach Foussemagne, Ralph Roeder y José Fuentes Mares, ningún trabajo de conjunto es comparable al efectuado por los grandes investigadores mexi-

² *Veinticinco años de investigación en México*. Edición especial de Historia Mexicana. México, El Colegio de México, 1966, pp. 260-261.

canos y extranjeros de la pasada centuria y las dos primeras décadas de nuestro siglo. De todos modos es necesario proceder a un estudio crítico riguroso, para precisar el valor de los trabajos hechos durante las últimas cuatro décadas.

Es de justicia reconocer que en cierta manera correspondió a Egon Caesar Conte Corti y a la condesa Hélène de Reinach Foussemagne, el haber iniciado una etapa de revisionismo histórico.

Si se preguntara cuál ha sido la obra más completa sobre el Imperio de Maximiliano, hecha por un historiador europeo, con documentación europea y defendiendo un punto de vista europeo, tal honor correspondería sin duda alguna a Egon Caesar Conte Corti.

En las últimas cuatro décadas, mexicanos y extranjeros que hemos tenido que escribir sobre el Imperio de Maximiliano, cual más cual menos hemos recurrido a Conte Corti. Hay que conceder que hasta cierto punto tenemos contraída con él una deuda de reconocimiento, no podemos ser injustos con lo que tiene de científica y loable su actividad creadora. Sus libros son valiosos por múltiples razones. Pero precisa ponderar sus cualidades positivas y negativas para no incurrir en exageraciones. En México se ha juzgado a Conte Corti con excesiva benevolencia. Se le han tributado los honores que justamente merece como los que no merece. Agustín Cue Cánovas consideraba que la historia de Maximiliano y Carlota, es “una obra imponderable”. Yo he admirado siempre en Cue Cánovas su honestidad, su valor civil y su independencia de criterio; pero es admirando esa honestidad, ese valor civil y esa independencia de criterio como discrepo radicalmente de su punto de vista. Ninguna obra de historia puede ser imponderable.

Se desconocen con precisión los motivos que llevaron a Conte Corti a redactar su obra *Maximilian und Charlotte von Mexiko*.³ Las explicaciones que el autor da no son enteramente satisfactorias. Comienza por decir en el prólogo de su obra “que casi ningún otro episodio de la historia ha despertado un interés tan extraordinario como la suerte de la desgraciada pareja imperial de México”: ¿Es posible que un hombre con la cultura de Conte

³ El libro fue traducido al francés, al inglés y al español. Egon César Conte Corti. *Maximilien et Charlotte du Mexique*. 1860-1865. París, Plon, 1927, 2 vols. Egon Caesar Count Corti. *Maximilian and Carlott of Mexico*. Nueva York, Knopf, 1928, 3 vols. Egon Caesar Conte Corti. *Maximiliano y Carlota*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

Corti pueda sostener un juicio semejante? ¿Era sincero al expresarse así? ¿No lo habría impulsado alguna razón que no fuera un propósito puramente intelectual, para dar tanta importancia a Maximiliano y Carlota? Seamos más exactos, es Maximiliano el personaje que tratará de defender a capa y espada, contra viento y marea. Muchas veces arrebatado por la pasión, pretende hacer esta defensa más allá de los límites racionales. No desconoce que el príncipe era débil de carácter, que no tenía la penetración política para salir triunfante en un escenario desconocido y cuyas gentes eran extrañas a él por la lengua y la raza. Algunas limitaciones de Maximiliano las trazó magistralmente, pero se propuso tratar de demostrar que su héroe era irreprochable desde el punto de vista moral.

Al hacer referencia Conte Corti a la forma como ha sido abordada la historia de Maximiliano, dijo grandes verdades.

La historia de los emperadores ha dejado pie a numerosas obras de crítica política y, por tanto, de juicio unilateral. Unas veces eran partidarios de Maximiliano los que la aprovechaban para atacar todo lo francés, otras veces eran los clericales que consideraban la cuestión desde un punto de vista simplemente religioso, otras los liberales revolucionarios que juzgaban el trágico acontecimiento teniendo sólo en cuenta sus intereses de partido, otras, en fin, los austriacos que encontraban bien todo lo hecho por Maximiliano, por el solo hecho de ser un príncipe imperial de su nación. A mí me ha guiado al escribir esta obra el afán de ser justo, de distribuir luces y sombras, que son propias de todo lo humano, como lo exigen las acciones de las personas actuantes. No puedo juzgar en qué medida lo he conseguido, pero ha sido mi más vivo deseo. En esta tarea me han ayudado mucho numerosas cartas y escritos que he leído con detenida atención y que frecuentemente dan una imagen de sus autores.⁴

Es necesario precisar si Conte Corti cumplió o no con el propósito que dice haber sido su más ardiente deseo. Examinemos sus fuentes y la manera de aprovecharlas. La parte más notable de sus investigaciones consistió en el sondeo del archivo de Maximiliano y un buen aprovechamiento de los autores europeos que escribieron sobre el imperio, entre los que deben contarse a Ollivier, Gaulot, Von Tavera, Niox.

No olvidemos que el archiduque gracias a su narcisismo hizo

⁴ Egon Caesar Conte Corti. *Maximiliano y Carlota*. México. Fondo de Cultura Económica, 1944, p. 11.

un extraordinario servicio a la historia. Convencido de que había desempeñado un papel fundamental, perfectamente seguro de su propia grandeza, en los últimos días de su gobierno comenzó a mandar a Europa documentos que sirvieron para hacer su historia escrita. Gracias a ese propósito pudo reunirse un rico acervo documental que acabó por ser depositado en el archivo imperial de Viena. Prohibida la consulta del mismo desde el año de 1867 hasta el comienzo de la tercera década del siglo xx, Conte Corti fue el primero que procedió a su estudio, cuando el gobierno austriaco levantó la prohibición. Fue la suya una labor hercúlea para ordenar y dar cuerpo a toda esa vastísima documentación. Hay que hacer notar que se trataba de millares de piezas redactadas en español, francés, inglés y alemán. Fueron tres años de tenaz investigación según declaraciones del propio historiador. Y cabe decir que solamente un hombre muy familiarizado con la técnica de la investigación histórica y dotado de una capacidad de primera línea, podría haber llevado a cabo tal trabajo en un plazo tan relativamente corto.

Tuvo Conte Corti el mérito de haber abierto una brecha, de haber explorado en una selva virgen. Fue el primer historiador y no sería inadecuado decir el único a quien le ha sido dable efectuar de una manera concienzuda, el estudio del depósito de documentos más rico que se posee sobre Maximiliano.

Se ha creído que Conte Corti trabajó exhaustivamente en los archivos de Bruselas y París. Yo no he encontrado nada que me permita suponer que tal cosa hubiese podido ocurrir antes de 1924. Después de esta fecha, sí hay datos que permiten conjeturar que investigó en algunos archivos de Bélgica, pero con el propósito de buscar más bien documentos para hacer la historia del rey Leopoldo I y no la de Maximiliano. Pudo también el autor de Maximiliano y Carlota examinar la biblioteca del archiduque, la cual contenía libros adquiridos por él antes de su viaje hecho a México, así como publicaciones mandadas desde este país durante su gobierno. La publicación de la correspondencia cruzada entre Maximiliano y Napoleón, entre Carlota y Eugenia de Montijo fue transcrita por Conte Corti haciendo con ello un gran servicio a la historia.

La bibliografía mexicana consultada por Conte Corti es muy limitada, si se compara con los libros europeos empleados por él. La actitud que asume al respecto es muy censurable, sobre



todo si se toma en cuenta que habló de un propósito de ser imparcial y no puede ser imparcial quien comienza conscientemente con una discriminación de las fuentes. La situación se agrava, si se toma en cuenta la manera de consultar esta bibliografía. Hay momentos en que uno duda que realmente haya examinado algunos libros. El autor en la bibliografía incluye las *Revistas Históricas sobre la Intervención Francesa* y las atribuye a Fernando Iglesias Calderón cuando son de José María Iglesias. Y es tanto el desprecio que siente por lo mexicano, que cuando tiene que hacer referencia al proceso de Maximiliano prefiere recurrir a la obra de Ernest Schmit Ritter von Tavera en vez de citar la *Causa de Maximiliano*,⁵ que es la fuente primaria más importante para el estudio del tema. Ese marcado desdén a nuestra historiografía es palpable a lo largo de toda su obra, de tal suerte que pueden contarse con los dedos de la mano las citas en que figura un libro mexicano. Naturalmente que en el desacato está la penitencia. El autor comete multitud de errores cuando hace referencia a personajes y cuestiones mexicanas. Al hablar de los gobernantes de México, en un párrafo de trece líneas se incurrió en una decena de errores y algunos tan grandes como hacer a don Carlos María de Bustamante presidente de la República.⁶ Para evitar incurrir en una calumnia, en caso de que hubiese podido deslizarse un error en la traducción procedí a comparar el párrafo aludido en la obra editada por el Fondo de Cultura Económica, con la edición alemana. Sólo hay ligeras discrepancias de carácter ortográfico. En la edición alemana no se emplean los acentos en los nombres propios, pero sí se escribe correctamente el apellido Santa Anna, mientras que en la edición del Fondo de Cultura Económica en el pasaje descrito como en el resto de la obra se escribe siempre Santa Ana. Con igual inconsciencia se escribe Arrangoiz en lugar de Arrangoiz. Creo que estos atropellos a la ortografía no tienen justificación. ¿Por qué si un extranjero respeta la ortografía de los nombres propios, en una edición mexicana se procede con tan pocos escrúpulos?

⁵ *Causa de Fernando Maximiliano de Habsburgo que se ha titulado emperador de México y sus llamados generales Miguel Miramón y Tomás Mejía*. México, Imp. de M. Villanueva, 1868.

⁶ Véanse: Egon Caesar Conte Corti. *Maximiliano y Carlota*. Versión del alemán de Vicente Caridad. México, Fondo de Cultura Económica, 1944, pp. 17-18. *Maximilian und Charlotte von Mexiko*. Zurich et Leipzig, Amalthea Verlag, 1924.

Ahora bien, sobre la vida de Conte Corti poco sabemos en verdad y debía ser investigada para comprender mejor su obra. Debemos a Camille Buffin algunos datos sobre nuestro autor. Pertenecía a una familia lombarda que durante siglos se distinguió por su amor a las ciencias. Agrega el mismo historiador belga, que se decía en Pavía que los Corti “habían nacido doctores”, afirmación que encontraba fundamentada toda vez que “en el siglo xvi cincuenta personas poseían este grado entre los miembros de la familia”...⁷ A un prestigio de familia unía Conte Corti indiscutibles méritos propios. Aparte de una innegable laboriosidad, estaba dotado de una gran cultura y un amplio conocimiento de la historia de Europa.

Caso curioso el de Egon Caesar Conte Corti, es uno de esos investigadores a los que hay que tributar a veces el elogio sin reservas y en otras ocasiones la censura sin reticencias. Hay en él dos personalidades distintas. De un lado el severo historiador que trata de no escribir una sola línea, que no está fundamentada en una sólida documentación, y del otro, el escritor irresponsable que escribe sobre lo que no conoce o conoce a medias. Cuando se enfrenta al estudio de la historia de México procede a veces con una inconsciencia apenas concebible. Comete desacatos que jamás podría tolerar Europa a un intelectual mexicano hablando sobre hombres y cosas de ese continente.

La obra *Maximiliano y Carlota de México*, se inició con una introducción que tiene por objeto mostrar al lector bajo qué condiciones se vivía en México antes del advenimiento de Maximiliano. El autor no debe ser censurado por haber tratado de hacer una síntesis de medio siglo de historia mexicana en nueve páginas, sino por la cantidad de errores que contiene. La causa de estas inexactitudes es fácil de explicar. Es tanto el desdén que siente hacia lo mexicano, que prefiere, en vez de leer nuestras obras, ir a documentarse en Bancroft y en G.M. Freihers von Furstenwarlher. Este último le da elementos para declarar que Juárez se jactaba de ser “azteca puro”. Conte Corti dirá otras inexactitudes más o menos parecidas. Reconoce la gran voluntad de Juárez, pero le molesta hasta su aspecto físico.

⁷ En un prefacio a un libro hecho por Corneille Buffin y Conte Corti, el primer historiador da algunos datos importantes sobre el autor de *Maximiliano y Carlota*. Consúltese: Corneille Buffin y Egon Caesar Conte Corti. *Leopold Premier. Oracle politique de l'Europe*. Bruxelles, Libr. Albert Deueit, 1927.

Unía a su innegable valía personal, superior a la del promedio de los indios y, en general de los mexicanos, un aspecto exterior casi repulsivo para la mentalidad europea. Este hombre pequeño y rechoncho, de cabeza ancha, achatada y cubierta de mechones negros, de ojos fríos, y con una cicatriz rojiza en la cara, era todo, menos atrayente.⁸

No debe olvidarse que Conte Corti vivía en Europa en los tiempos en que aún se hablaba de superioridad racial y cuando en México había quien tenía prejuicios étnicos.

Al hablar de los intervencionistas, ninguno de ellos le parecía respetable. Fustigaba a José María Gutiérrez de Estrada y José Manuel Hidalgo con igual violencia que a Francisco de Paula de Arrangoiz y al obispo Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos.

En contraste con tanta maldad surge la figura de Maximiliano. Es tanto el afán de exaltar a su héroe, que todos los personajes del drama pasan a ser figuras de segunda línea. No toma en cuenta que al pretender empequeñecer a los hombres como Juárez lo único que logra es disminuir la estatura de quien pretende hacer la apología. Por excepción trata bien a Tomás Mejía, porque en general liberales y conservadores que rodean a Maximiliano, así como los que le rindieron pleitesía son vistos con desdén. Es claro que no se propone elogiar al estadista que nunca existió en Maximiliano, pero sí de hablar del hombre que pone “el sentimiento del honor elevado a grandeza clásica”. Una constelación de genios malos rodeaban a Maximiliano y sólo él permanece incorruptible. ¡Sin embargo, Conte Corti declaraba que lo había guiado un afán de equilibrio y el propósito de lograr la justa apreciación de los hechos!

En descargo de Conte Corti, cabe afirmar que las frases salpicadas de inquina y mal gusto son excepcionales. El tono general de la obra es sereno y su estilo predominante el narrativo, sin que abunden las reflexiones filosóficas.

Debe decirse también que Conte Corti percibe en Maximiliano muchas limitaciones. Es un romántico, un soñador, un dispendioso en asuntos de dinero. Y resulta desconcertante ver, cómo descubriendo tanto defecto, no acertó a captar la gran dosis de maldad que había en el príncipe o cerró los ojos para no verla. Dice creer en el honor de Maximiliano, pero por elegancia literaria tiene que recurrir a los sinónimos que le permitan sustituir la

⁸ *Maximiliano y Carlota*. Ob. cit., p. 23.

palabra que le es grata. Es así como habla de la caballería, la hidalguía, la buena fe y el corazón pundonoroso del soberano. Pero a pesar de la variedad de adjetivos, éstos son empleados de una manera tan profusa que acabarán por parecer excesivos.

Para qué recurrir a fantasías cuando la realidad supera la ficción. Un Maximiliano con sus contrastes de luces y sombras, es mucho más apasionante que el personaje que pasa algunas veces por las páginas de Conte Corti. Y digo algunas, porque es preciso confesar que en ciertos momentos hace desfilar por el escenario, la imagen verdadera del archiduque.

Es de justicia reconocer que las relaciones emprendidas para establecer un trono en México, las relaciones de Napoleón y Eugenia de Montijo con Maximiliano y Carlota, así como otros aspectos de la política exterior, nadie los ha tratado con la profundidad y extensión que logró Conte Corti. En el estudio de muchos otros temas dejó vestigios que demuestran un gran poder de observación y capacidad de síntesis.

Mas los historiadores e investigadores mexicanos tienen la obligación de estudiar en la fuente fundamental empleada por Conte Corti, para confirmar sus aciertos, rectificar algunos de sus juicios o rescatar lo que Conte Corti dejó intencionalmente en el olvido, como declara con gran agudeza el doctor Juan Antonio Ortega y Medina.

Afortunadamente el Instituto de Antropología e Historia de México, posee dos copias de la documentación del archivo imperial de Viena consultado por Conte Corti.

A la publicación de Maximiliano y Carlota hecha por Conte Corti, se sucedieron dos trabajos a los que debemos hacer mención. En 1927, Corneille Buffin y el propio Conte Corti publicaron su obra *Léopold Premier. Oracle politique de l'Europe* de gran importancia por los nexos que tiene Leopoldo I con Maximiliano y Carlota.

Con una gran nobleza el barón Corneille Buffin reconocía que a Conte Corti se debía el alto mérito de haber dado a la figura del rey Leopoldo la dimensión que realmente merecía.

Cosa extraña, entre nosotros los belgas, sobre los cuales el rey ha reinado durante treinta y cinco años, ven de pronto que un extranjero, el conde Egon Corti ha venido a revelar la grandeza de nuestro primer soberano. ¿Qué lección debe extraerse de esto? Es que nuestros historiadores descuidan la ciencia de la investigación; que ellos no buscan suficientemente en las fuentes inéditas, los

documentos escondidos o secretos. Ellos trabajan sin embargo demasiado, pero olvidando que, para reconstruir la vida o los actos de un soberano, o de un hombre de Estado, las investigaciones deben continuarse en los documentos de sus parientes, sus amigos y sus colaboradores”. . .⁹

Los autores del libro *Léopold Premier. Oracle politique de l'Europe*, no se perdonaron esfuerzo para llevar al cabo una investigación seria en los archivos de Bélgica. El triunfo coronó sus esfuerzos, pudieron lograr una obra bien estructurada, en la que se advierte un gran poderío crítico.

Siete años después de la edición de *Léopold Premier. Oracle politique de l'Europe*, Conte Corti publicó el libro denominado *Die tragödie eines kaisers*, título que fue traducido por la Editora Latino Americana de una manera arbitraria: *Maximiliano y Carlota. Tragedia romántica*.

Conte Corti daba algunas explicaciones sobre la nueva obra.

El presente trabajo está basado en mi obra, aparecida en 1924, *Maximiliano y Carlota en México*. Y a esta obra sirvió de fundamento el archivo secreto mexicano, casi completamente desconocido hasta entonces, que fue salvado y recogido en Viena. Mi trabajo tiene en cuenta también los materiales recientemente hallados en el archivo de la ciudad de Viena, así como las cartas de Hermann Hartwig von Düring, que vivió en México durante el gobierno de Maximiliano y que conoció personalmente al emperador, cartas puestas a mi disposición por su hija, la señora Katharina Kippenberg. He utilizado también las obras publicadas desde entonces, que abren nuevas fuentes históricas, especialmente el libro de la condesa H. de Reinach Foussemagne, *Charlotte de Belgique, Impératrice du Mexique*, París, 1925, libro lleno de interés desde el punto de vista documental; así también he consultado: Barón C. Buffin, *La tragedie mexicaine*, Bruselas; Louis Sonolet, “L’agoine de l’Empire du Mexique”, en la *Revue de Paris* del 1º y 15 de agosto de 1927; la notable publicación mexicana de Alfonso Junco, *La traición de Querétaro*, México 1930, y el artículo del doctor Fritz Reinöhls en el *Neuen Wiener Tageblatt* del 1º de agosto de 1926, *Napoleón und Eugenie*.

En los documentos y cartas he acertado algunos pasajes e introducido en otros ligeras modificaciones, que no afectan en nada a la verdad histórica ni deforman el texto. Quien estudie este drama histórico con fines científicos puede aprovecharse de la obra en

⁹ Conte E. Corti et Baron C. Buffin. *Léopold Premier Oracle politique de l'Europe*. Bruxelles, Librairie Albert Deueit, 1927, p. 7.

dos volúmenes anteriormente mencionada. Contiene el conjunto de la correspondencia que se cruzó entre los emperadores de Francia y de México en su texto original. Esta obra se encuentra en traducciones inglesa y francesa.¹⁰

No había un progreso entre la obra de 1925 y el libro de 1934 sobre Carlota y Maximiliano. Conte Corti ofuscado tal vez por el triunfo editorial que había logrado con su primera publicación, se propuso hacer un libro para las mayorías. El nuevo trabajo resultó más ágil, menos provisto de erudición, pero sacrificó a menudo la seriedad de la historia en aras de un buen éxito editorial. Se empleó constantemente el diálogo y hay momentos en que el lector parece estar frente a una novela o una obra de teatro. Si se quiere comprobar esta afirmación basta leer el capítulo xx denominado *Tinieblas mentales*. Tal capítulo hace pensar hasta qué grado un gran talento puede perderse, cuando lo ofusca la vanidad o un deseo de divulgación mal entendido.

HÉLÈNE DE REINACH FOUSSEMAGNE. Si Conte Corti escribió en cierta manera la apología del archiduque Maximiliano, la condesa Hélène de Reinach Fousseumagne se propuso hacer la de la archiduquesa. *Charlotte de Belgique Impératrice du Mexique*,¹¹ es una obra sólidamente arquitecturada y seriamente trabajada, si la juzgamos desde el punto de vista de la documentación europea que le sirvió de base. En cuanto a la información sobre cosas mexicanas, adolece de los defectos que son comunes a la historiografía europea. Con una ausencia completa de responsabilidad, quienes hablan en Europa sobre la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano, no se ponen a considerar el peligro que entraña el examinar los acontecimientos desde un punto de vista unilateral.

Si concretamos nuestro análisis al caso exclusivo de la condesa de Reinach Fousseumagne, podemos decir que no investigó en ningún archivo mexicano y desde el punto de vista bibliográfico se concreta a una docena de autores mexicanos, contándose entre ellos a tres intervencionistas y otro número igual de servidores del imperio. La parte valiosa de sus interpretaciones radica en el material documental que reúne y transcribe. Su tra-

¹⁰ Egon Caesar Conte Corti. *Maximiliano y Carlota. Tragedia romántica*. México, Edit. Latino Americana, 1957, p. 297.

¹¹ Hélène de Reinach Fousseumagne. *Charlotte de Belgique Impératrice du Mexique*. Paris, Plon, 1925, p. 57.

bajo fue el resultado de tres lustros de paciente labor. La autora confiesa que recibió de la condesa de Flandes, consejos muy valiosos, además de la amplia documentación que puso en sus manos. Pudo consultar también documentación de otros miembros de la nobleza que habían conocido a Maximiliano y Carlota. Revisó papeles de Félix Eloin y conoció personalmente a Charles Blanchot.

La condesa de Reinach Foussemagne revisó la correspondencia cruzada entre María Luisa de Bélgica y su madre la reina María Amelia; pudo también examinar las cartas enviadas por María Amelia a su nieta Carlota de Bélgica. Otra fuente de consulta importante fue la correspondencia de Carlota con madame d'Hulst.

Cabe decir, que si madame de Reinach Foussemagne gozó de facilidades en Bélgica para sus estudios, tuvo en cambio dificultades en Viena. La condesa visitó Miramar, permaneció más de diez veces en Bruselas, pasó días enteros en el palacio de Flandes. Trató de vivir en la mayor parte de los escenarios en que había vivido Carlota. Tuvo además la posibilidad de tener trato con personas que habían conocido a Carlota en Italia, Bélgica, Inglaterra y México. O bien cuando estas personas habían muerto, sus familiares pusieron a disposición de la condesa la documentación de sus parientes. Pero a pesar de tanto esfuerzo, había aún lagunas. La aparición del libro *Maximiliano y Carlota* de Conte Corti le permitió llenar algunas de ellas.

La época histórica dentro de la cual se desarrolló el drama imperial de Maximiliano y Carlota le parecía a la condesa singularmente atractivo. En tal momento histórico habían tenido lugar sucesos capitales: “el debilitamiento de Austria; nacimiento del reino de Italia y el imperio alemán; desaparición del poder imperial del Papa; desplome de la dinastía de los Bonaparte”.

Para reconstruir la etapa histórica que era el objeto de sus preocupaciones, madame de Reinach Foussemagne se sirvió ampliamente de *L'Empire Libéral* de Emile Ollivier y la *Histoire du Second Empire* de Pierre de la Gorce.

En el curso de su obra, la condesa recata frecuentemente sus juicios personales. Recurre al procedimiento de transcribir cartas completas o grandes párrafos. Es muy aguda cuando no tiene que hablar de Carlota, en cambio cuando se refiere a la emperatriz de México no siempre logra plena lucidez en la reflexión.

Escribe un libro con un objeto preconcebido: tratar de probar la extraordinaria importancia cultural y política de su biografiada.

Para madame de Reinach Foussemagne, Carlota fue “una niña precoz, inteligente y reflexiva”. Al morir su madre su carácter sufrirá una transformación, será “una adolescente pensativa, seria, razonadora”.

No encuentra vestigios de demencia en esa edad. Las confidencias de Carlota a la condesa d’Hulst le permiten declarar que la hija del rey Leopoldo recibe una educación refinada. Hace progresos culturales sin descuidar su salud física. Reconoce los dones que debe a Dios, pero declara no ser suficientemente devota. En cuanto a su carácter cabe decir que es severa consigo misma y con los demás. Detesta la vulgaridad, la pereza mental y la indolencia física.

Transformada la adolescente en mujer, su matrimonio no fue una razón de Estado. Creyó sinceramente a Maximiliano poseedor de un gran conjunto de cualidades intelectuales y morales. Pensó haber encontrado al hombre de sus sueños. Esta ofuscación es explicable, Maximiliano poseía un magnetismo irresistible, un poder de fascinación verdaderamente excepcional. La misma condesa nos narra que la presencia de Maximiliano produjo grata impresión en Leopoldo I y en el duque de Bravante sucesor de la corona.

Maximiliano es visto con desagrado por la condesa de Reinach Foussemagne. Lo cree un personaje mediocre, comparado a Carlota. Al leer sus aforismos declara que éstos “no revelan un pensamiento firme”. Trata de definir en unas cuantas líneas los rasgos de su personalidad y formula un juicio en el que la presencia del pensamiento de Emmanuel Masseras es indudable. Comparemos ideas:

Emmanuel Masseras

... Léger jusqu’à la frivolité, versatile jusqu’au caprice, incapable de suite dans les idées comme dans la conduite, tour à tour irrésolu et obstiné, prompt aux engouements passagers sans s’attacher à rien ni à personne, amoureux par-dessus tout du changement et de l’apparat, ayant horreur de l’ennui et plus encore des ennuis, enclin a se réfugier dans les minuties pour se dérober aux obligations sérieuses, engageant sa parole et y manquant avec une égale inconscience, n’ayant pas plus enfin l’expérience et le goût des affaires que le sentiment des choses graves de la vie, le prince

chargé de reconstituer le Mexique était, sous tous les rapports, diamétralement l'opposé de ce qu'auraient demandé le pays et les circonstances. . .¹²

Hélène de Reinach Foussemagne

Mais c'est là, dans l'ordre de la volonté, *le video meliora* . . . Qu'est Maximilien en réalité? Un être impressionable et influençable à l'excès, prompt à s'engouer et prompt à se dégoûter des idées et des personnes, confondant l'obstination et l'entêtement avec la volonté et la résolution, se dérabant volontiers, par paresse ou fatalisme, aux obligations les plus pressantes pour s'attacher à des minuties ou à des niaiseries. "On ne suit, proclame-t-il, que l'homme capable de commander!" Quand on aura vu de quelle façon il commandait, on ne s'étonnera pas qu'il n'ait pas été suivi.¹³

Habiéndose logrado la unión matrimonial, la pareja pasaría al reino lombardo-veneto sujeto entonces a la dominación austriaca. La presencia de Carlota en Venecia y Milán significaron para la joven belga, toda una revelación estética más que una experiencia política. Carlota no desempeñó en esta ocasión funciones gubernamentales.

Debemos a la condesa de Reinach Foussemagne un sólido estudio sobre las actividades que entonces desempeñó Maximiliano. Quiso el archiduque "reconciliar Italia con sus tiranos". Llegó precedido de una reputación de liberalismo, pero chocó con las

¹² Emmanuel Masseras. *Un Essai d'Empire au Mexique*. Paris, Charpentier, 1879, pp. 44-45.

"Ligero hasta la frivolidad, versátil hasta el capricho, incapaz de encadenamiento en las ideas como en la conducta, alternativamente irresoluto y obstinado, pronto a los entusiasmos pasajeros sin apegarse a nada ni a nadie, enamorado ante todo del cambio y del aparato, teniendo horror del fastidio y de las molestias, inclinado a refugiarse en las minucias para sustraerse a las obligaciones serias, comprometiendo su palabra y faltando a ella con igual inconsciencia, no teniendo más experiencia y gusto de los negocios que sentimiento de las cosas graves de la vida, el príncipe escogido para reconstituir a México, era bajo todos los aspectos, diametralmente opuesto a lo que habrían reclamado al país las circunstancias."

¹³ Reinach Foussemagne. Ob. cit., p. 57.

"Pero está allá, en el orden de la voluntad, el *video meliora* . . . ¿Qué es Maximiliano en realidad? Un ser excesivamente impresionable e influenciable, pronto a entusiasmarse y pronto a disgustarse con las ideas y las personas, confundiendo la obstinación y la terquedad con la voluntad y la resolución, sustrayéndose voluntariamente, por pereza o por fatalismo a las obligaciones más urgentes para entregarse a las minucias o a las frivolidades. 'No se sigue, decía él, sino al hombre capaz de mandar'. Quien hubiera visto de qué manera él mandaba no se habría asombrado de que no hubiera sido seguido por nadie."

aspiraciones del pueblo lombardo-veneciano, que si podía tener un poco de simpatía hacia Maximiliano como hombre, lo repudiaba como instrumento de una dominación austriaca.

Frente a los grandes problemas que se suscitaron en el desempeño de sus funciones gubernamentales, Maximiliano solicitó de su hermano Francisco José que le permitiera asumir todo el poder civil y militar. El emperador de Austria se mantuvo inflexible en su propósito de no otorgarlo. Cuando llegó el momento crítico prefirió sacrificar al archiduque y le dio órdenes para que dejase la situación en manos del conde Gyulay, quien asumió el mando absoluto como comandante general del país.

El conocimiento de las actividades de Maximiliano en este periodo de su vida son fundamentales, porque permiten explicarnos por una parte la falta de comprensión entre el archiduque y Francisco José. Pero además nos proporcionan la clave para comprender muchos acontecimientos posteriores.

Después de hacer alusión a la permanencia de Carlota en Miramar y su viaje por el Mediterráneo en compañía de Maximiliano, la condesa de Reinach Foussemagne transporta al lector al escenario mexicano. La gestión gubernamental de Maximiliano y Carlota le hacen formular apreciaciones donde no siempre campean la equidad y la justicia. Sorprende a veces por la penetración de sus juicios, pero en no pocas ocasiones al hablar de la emperatriz incurre en hipérboles. La fórmula que utiliza para explicar los hechos es muy simple: el torpe es Maximiliano, la aguda es Carlota, el apático es el emperador en contraste con la energía y la actividad creadora de la emperatriz.

Revisando las cartas de Carlota que madame de Reinach Foussemagne ha reunido con gran celo y paciencia, junto a las que simplemente transcribe, tenemos que darle la razón cuando declara que poseía un gran poder de observación y descripción. Pero precisa aclarar que si Carlota es atinada cuando efectúa observaciones parciales, no es precisa cuando formula juicios generales. Unas cuantas manifestaciones de agudeza, no bastan para darle dimensiones de estadista. Seduce en ella la elegancia de su estilo literario, pero la belleza de la forma no es todo. Sus escritos sin embargo, son documentos preciosos que nos permiten comprender hasta dónde llegaba el límite de su capacidad política. Para la historia ha sido una ventaja el que la emperatriz no hubiese sido introvertida, gracias a ello se puede penetrar fácilmente en el fondo de su pensamiento.

Con respeto al juicio de la condesa sobre las aptitudes políticas de su biografiada, mi discrepancia es de grado, no radical. No niego que fuera superior a Maximiliano en voluntad y perseverancia; hubiera hecho seguramente un papel brillante en un país con menos problemas que los que tenía que resolver México. Pero hay dos cosas en las que debe insistirse: el auto-sacrificio de Carlota y ciertas manifestaciones de vesania que se traslucen en sus cartas ya desde 1864.¹⁴

Se ha forjado una leyenda en torno a la influencia que ejerció Carlota en Maximiliano. La influencia es indudable, pero no en el grado que se ha supuesto. Nunca hay que olvidar tampoco que Carlota ejercía una acción esterilizadora de su propia capacidad política. Tenía tal respeto a su marido, tal devoción, tal poder de abnegación que acababa por someterse a él. Sus cualidades no podía desplegarlas mientras él viviera o estuviera presente. Algo de esto percibe madame de Reinach Foussemagne, pero no da al tema la significación que éste merece.

Ahora bien, si se revisan cuidadosamente algunos escritos de Carlota, se podrá percibir que la hija del rey Leopoldo da muestras claras de desequilibrio. Uno de ellos es la *Memoria* que escribe la emperatriz cuando en 1866 Maximiliano está dispuesto a la abdicación. No voy a transcribir toda la pieza documental, basta señalar los rasgos fundamentales de la misma.

Abdicar es condenarse, extenderse a sí mismo un certificado de incapacidad y esto es sólo aceptable en ancianos o en imbéciles, no es la manera de obrar de un príncipe de 34 años lleno de vida y de esperanzas en el porvenir... Yo no conozco ninguna situación en la cual la abdicación no fuese otra cosa que una falta o una cobardía, sólo podría ser necesaria en caso de un crimen cometido contra los intereses que se deben salvaguardar... Pues bien, ahora digo yo: Emperador ¡no se entregue usted prisionero! En tanto que haya aquí un emperador, habrá un imperio, incluso aunque sólo le pertenezcan seis pies de tierra. El imperio no es otra cosa que un emperador. “*Que no tenga dinero no es una objeción suficiente, se obtiene a crédito, éste se obtiene con el éxito y el éxito se conquista.*”¹⁵

¹⁴ Creo que estos síntomas de desequilibrio, podrían percibirse en escritos anteriores de Carlota, pero para los fines del presente estudio puede examinarse el asunto a partir de 1864.

¹⁵ Conte Corti. *Maximiliano y Carlota*. Ob. cit., p. 471.

La condesa no percibe en las frases que hemos subrayado y que ella cita también, manifestaciones de desequilibrio o insensatez, ni siquiera se atreve a reconocer que encierran una perogrullada. En cambio Pierre Loo, doctor en psicología, al examinar éstos y otros juicios de Carlota, encuentra en ellos indicios de demencia.¹⁶

Es curioso percibir de qué manera madame de Reinach Foussemagne busca víctimas para inmolarlas en beneficio de su biografía. Pueden serlo Félix Eloin o el propio Maximiliano cuyas actitudes políticas censura en ciertos momentos, en tanto que la conducta de Carlota en casos similares le parece que denota energía, decisión y pertinacia.

Es claro que la misión de la emperatriz de Francia, su viaje a Miramar y el fracaso de sus gestiones en Italia le dan material a madame de Reinach Foussemagne para las más brillantes páginas. En suma su obra es un gran acierto desde el punto de vista literario y facilita al historiador profesional, al simple dilettante o al lector no especializado, un rico acervo documental para comprender a una mujer y a una época.

Historiografía americana. Ya se ha dicho que en las últimas cuatro décadas, los mejores trabajos sobre la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano, han sido hechos por extranjeros, destacándose entre ellos Egon Caesar Conte Corti, Ralph Roeder y la condesa de Reinach Foussemagne. Mas resulta curioso comprobar, que en la elaboración de las leyendas y en los libros pintorescos sobre esta misma época, son los extranjeros también los que más han destacado. Por sus innumerables errores, por la mala fe con que procedió al escribir su libro *Phantom Crown, The story of Maximilian and Carlota of Mexico*, por la audacia con que mezcla la leyenda a la historia, tiene Bertita Harding un puesto verdaderamente insigne. La autora no carece de cierta información y agilidad de estilo, pero deforma conscientemente los hechos. ¡Es curioso ver de qué manera algunas personas desaprovechan su talento!

Pero precisa confesar que corresponde a los norteamericanos el esfuerzo más loable que han hecho los extranjeros en los últimos años, en el campo de las investigaciones sobre el periodo histó-

¹⁶ Léase completo el interesante estudio de Pierre Loo en la obra de Suzanne Desternes y Henriette Chandet. *Maximilien et Charlotte*. París, Librairie Académique Perrin, 1964, pp. 507-513.

rico que estamos examinando. Ellos han elaborado desde monografías hasta las obras más completas que comprenden la interpretación de una época. La historia diplomática, la militar, la social, la política han sido objeto del más cuidadoso análisis.

Es claro que no todas las obras escritas por norteamericanos alcanzan el rigor científico deseable, pero no podría negarse que algunas de ellas no han podido ser igualadas por nuestros investigadores. De Jack Austrey Dabbs examínese su libro *The French Army in Mexico*, publicado en 1963, y se podrá comprobar que esta obra es una de las más completas que se han hecho en los últimos años para juzgar los sucesos militares de la época de la intervención francesa y el Segundo Imperio. La bibliografía, las citas, todo el aparato técnico de la investigación fueron cuidadosamente manejados. Además, el autor no carece de penetración y gran poder de síntesis.

México tiene contraída con Paul Murray una deuda de reconocimiento. El historiador y maestro ha dejado entre nosotros una huella profunda. Ha dedicado largos años a la meditación y al estudio de nuestro país. Autor entre otras cosas de la obra *The catholic church in Mexico*, nos brinda en ella una lección de probidad y buen juicio. No anatematiza ni condena, trata de dar explicaciones. En este estudio de la Iglesia y el Estado en el siglo XIX, sus consideraciones sobre la época del Segundo Imperio revelan conocimiento del tema y equilibrio crítico.

La obra cumbre de la historiografía norteamericana sobre el tema que estamos examinando, es sin duda, *Juárez and his Mexico* de Ralph Roeder, quien conoce con profundidad las vicisitudes de nuestra vida nacional. Su libro editado en inglés en 1947, ha merecido 3 ediciones en español. Su trabajo no fue el resultado de una improvisación, dedicó a él varios años de paciente labor. Investigó en bibliotecas y hemerotecas. Recorrió gran parte del escenario de los acontecimientos. Estudió en autores mexicanos y extranjeros. Un análisis cuidadoso de la obra permite apreciar el buen manejo que hizo de las fuentes primarias. Su bibliografía es muy nutrida. No exagera cuando hace ostentación de una rica fuente de consulta. Pero habría hecho un servicio mayor a la historia si al pie de página hubiera señalado con precisión el periódico, folleto o libro que le sirvió para fundamentar sus juicios. Ni en los casos en que hace transcripciones, recurre a este procedimiento técnico elemental.

Ahora bien, es necesario precisar las cualidades positivas y

negativas de Ralph Roeder, si se quiere alcanzar el sentido de la equidad.

No puede desconocerse que Ralph Roeder es uno de los investigadores que más ha ahondado en el estudio de los libros escritos por franceses, que visitaron nuestro país durante el periodo de la intervención. Es indudable que logró penetrar en el conocimiento de México, con una agudeza muy superior a la de la mayor parte de los norteamericanos que se han ocupado de estos temas.

Si examinamos la traducción española de *Juárez and his Mexico*, hecha por el propio autor, se puede notar que el estilo no siempre es claro. Hay momentos en que se emplea una sintaxis que dista de ser castiza. Pero es innegable que abundan los párrafos en que el historiador ostenta lujos dignos del más justo elogio.

Ralph Roeder estudia las vicisitudes económicas y sociales de México. Conoce con profundidad los lineamientos de la Guerra de Secesión. Al examinar el asunto de las relaciones entre México y los Estados Unidos no convence completamente. Se tiene la impresión de que muchas cosas quedaron en el tintero. Su deber de historiador no pudo sobreponerse completamente a su calidad de estadounidense, que naturalmente oculta algunos aspectos no muy honestos de la diplomacia norteamericana. Al hablar de la resistencia republicana contra la intervención francesa exalta el valor de sus caudillos, pero reconoce también la importancia que tuvo la masa anónima, en la lucha a favor de la independencia y la soberanía nacionales. No debe olvidarse tampoco que si juzgó con gran penetración a las grandes figuras del liberalismo, no empleó la misma agudeza al analizar a los representantes del conservadurismo.

Es indudable que en muchos temas la crítica de Ralph Roeder caló muy hondo. Sus reflexiones sobre los acontecimientos de 1861, el análisis de la idea imperial de Napoleón III o el estudio de las grandes dificultades que surgieron entre Dano, Castelnau y Bazaine en los últimos días de la intervención francesa, son una prueba de su gran penetración para juzgar los hechos.

En los juicios de Ralph Roeder sobre Juárez, predomina la actitud admirativa a lo largo de casi todo el libro. Por eso desconcierta la severidad con que el mismo historiador analiza la conducta de Juárez en el periodo de la República triunfante.

Da a veces la impresión de un juez implacable dispuesto a condenar sin escuchar las explicaciones del acusado.

Pero cualesquiera que hayan sido las limitaciones de Ralph Roeder en la apreciación de los fenómenos de la Reforma, la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano, es indudable que pasarán varios lustros para que un historiador mexicano o extranjero pueda hacer una obra tan completa y tan bien arquitecturada como la suya. Y es justo declarar que desde 1905-1906, o sea desde la fecha de la publicación de *Juárez discutido como dictador y estadista* y de *Juárez, su obra y su tiempo*, no se había publicado un libro de la importancia de *Juárez y su México* sobre lo que hemos dado en llamar nuestra gran década nacional.

Historiografía francesa. Con Emile Ollivier la historiografía francesa en asuntos relativos al Segundo Imperio mexicano, llegó a su culminación, a su más alto grado de agudeza crítica. Todo lo que sobre el tema se ha escrito después no ha podido igualar, ya no digamos superar, al propio Ollivier y a los grandes clásicos como Charles Blanchot o Paul Gaultot. Escojamos sin embargo, para los fines de un análisis dos de las obras que han sido vistas en nuestro tiempo y en nuestro medio con cierta benevolencia. Una de ellas: *La grande pensée de Napoléon III*, escrita por Christian Scheffer no es publicación reciente. Su autor, profesor de la Escuela de Ciencias Políticas de París, la dio a la imprenta en 1939, pero sólo hasta 1963 fue traducida al español por la Editorial Porrúa. En todo caso es a partir de esta fecha, cuando la obra ha comenzado a lograr cierto buen éxito entre quienes cultivan este género de estudios. El trabajo no carece de méritos. Estamos ante un libro ameno, ágil, equilibrado. Pero es preciso decir que uno se lamenta de que no exista en él, la comprobación científica de sus afirmaciones. El autor rehúye las citas.

Procedamos a examinar las fuentes. Scheffer declara haber consultado documentos en los archivos de Asuntos Exteriores y de la Marina de Francia. Habla también de haber examinado papeles del archivo de Viena. Pasemos a la bibliografía. La europea es muy raquítica; pero no faltan ciertos libros esenciales como los de Ollivier, Kératry, La Gorce, Niox, Paul Gaultot, Conte Corti y la condesa de Reinach Foussemagne. Lo que sí resulta escandaloso es la falta de información sobre México. Se

concreta a tres libros: los *Proyectos de Monarquía* de Hidalgo, un folleto de Gutiérrez de Estrada y el trabajo de Antonio de la Peña y Reyes sobre la actividad diplomática de Juan Antonio de la Fuente.

Si el conocimiento de la historia de México en Christian Scheffer es muy limitado ¿en qué radica entonces la parte valiosa de sus afirmaciones? Precisa decir que ha penetrado en el laberinto de las ideas napoleónicas sin extraviarse en ellas, y ha seguido con buen éxito, los pasos de los intervencionistas mexicanos en Europa.

Christian Scheffer reconoce que la empresa que Napoleón III llamara el pensamiento más glorioso de su reinado, constituyó indudablemente un error. Faltó cordura en aquel plan que pretendía establecer un trono en México; pero la idea no estaba exenta de cierta grandeza. Se trata de un asunto que no es de interés solamente para el país intervenido, el fracaso de la aventura minó el poder del emperador de los franceses. Éste era un hombre utópico, pero a él le debía Francia el orden y la prosperidad que comenzó a sentir en la segunda mitad del siglo XIX. Era además un político de concepciones universales que creyó poseer el secreto de la felicidad de los pueblos del orbe, pero no sólo el secreto sino también la buena voluntad para hacerlos dichosos. Siendo un visionario incorregible se dejó guiar por los impulsos de su fantasía.

Los monarquistas mexicanos que se acercan al emperador de los franceses, son otros ilusos. No los desprecia, trata de comprenderlos, a José María Gutiérrez de Estrada le reconoce buena fe, pero le niega instinto político. Pero Scheffer no se pierde en los detalles, examina el problema con perspectiva universal. Analiza con singular penetración las ambiciones de España, los temores de Inglaterra, las actividades del gobierno republicano en México.

En el caso de México, como en muchos otros, lo que perdió a Napoleón fue su ignorancia, su incapacidad para penetrar en todos los intersticios del problema.

Las faltas de Napoleón eran tan grandes que bastaron para minar su imperio. Si Francia hubiera sido la nación poderosa que se la había creído, habría tenido vitalidad para sobrevivir a los grandes errores de su soberano. Pero todo había sido oropelco:

En una cena, Napoleón III hizo notar a la embajadora de Austria que los centros que adornaban la mesa eran, como los cubiertos de los convidados, de similor, pues a su advenimiento se había echado para atrás ante el precio de la plata verdadera. Llamaba así la atención sobre un detalle doméstico en el que podemos descubrir ahora algo a modo de símbolo. Visto desde fuera, el gobierno imperial podía dar la impresión de una autoridad fuerte, guiada por una voluntad siempre firme y reflexiva. Pero con la empresa de México bastaría para mostrar que todo era un espejismo. La fuerza del régimen y la autoridad del emperador eran simples apariencias, como los tenedores y las cucharas de las Tullerías, que de plata sólo tenían la apariencia.¹⁷

Cabe decir que la publicación de las obras *Maximiliano y Carlota*, de Egon Caesar Conte Corti y *Carlota de Bélgica emperatriz de México*, de la condesa Hélène de Reinach Foussemagne, produjeron una epidemia de continuadores, imitadores y plagiaros mexicanos y extranjeros que aún perdura.

Ahora bien, si en *Maximiliano y Carlota*, de Conte Corti hay una auténtica y sólida labor de investigación, en la obra del mismo nombre de las dos escritoras francesas, se percibe desde el primer momento la superficialidad. Pero es preciso determinar primero quiénes son las autoras, para poder explicarnos la naturaleza de su obra.

Suzanne Desternes estudió en la Escuela de Ciencias Políticas de París. Se ha especializado en los estudios sobre el Imperio de Napoleón III y la historia diplomática. No ha sido ajena al periodismo y ha traducido libros históricos y novelas del inglés al francés.

Henriette Chandet es periodista y colaboradora de *Paris Soir* y *Paris Match*. Ciertos puntos de identidad han llevado a las dos autoras a escribir juntas libros como *L'impératrice Eugénie intime*, *Napoleón III homme du XX siècle* y *Louis prince imperial*. No carecen las dos escritoras de cierto prestigio; las obras referidas han merecido ser coronadas por la Academia Francesa. Entre las razones de su triunfo hay que mencionar la claridad y la elegancia de su estilo literario, que resulta accesible para todos los públicos.

El trabajo *Maximilien et Charlotte* tiene indudablemente sus méritos. Para elaborarlo se manejaron pocas fuentes y sin embargo,

¹⁷ Christian Scheffer. *Los orígenes de la intervención francesa en México* (1858-1862). México, Editorial Porrúa, 1963, p. 252.

se supieron aprovechar para lograr la brillante descripción de una época. El libro tiene una gran amenidad desde las primeras páginas. Pero éste es el lado positivo. Hay que lamentar que se dé a la obra en ciertos momentos un aspecto novelesco. Subleva, además, que se pretenda hacer creer al lector que manejaron una poderosísima documentación.

Procedamos a examinar las fuentes; entre las primeras las autoras hacen referencia a archivos oficiales y privados de México y Francia así como al ministerio de Asuntos Extranjeros de Bruselas. Pero no hay signos claros de un empleo concienzudo de las mismas en el curso de la obra.

Examinemos ahora el material bibliográfico. Suzanne Desternes y Henriette Chandet declaran que Jean Castaing consultó para ellas los archivos de México así como libros de imposible localización en Francia. ¿A qué obras se refieren? Los libros franceses, ingleses y americanos que cita en la bibliografía son más escasos en México que en Francia. Los mexicanos son poco más de una veintena. Dos de ellos: *Les dernières heures d'un empire*, de Manuel Ramírez de Arellano y *Le Mexique et l'archiducque Maximilien d'Autriche*, de Gutiérrez de Estrada editados en Francia, son seguramente más fáciles de encontrar en su edición francesa, en París que en México.

Publicaciones recientes como las de Óscar Castañeda Batres, Jesús García Gutiérrez, José de León Toral, José Fuentes Mares y las cartas de José Manuel Hidalgo Esnaurrizar prologadas y comentadas por doña Sofía Vereza de Bernal, son de muy fácil adquisición y de un precio excesivamente bajo. El *México a través de los siglos*, las supuestas *Memorias* de Sebastián Lerdo de Tejada, *La traición de Querétaro*, de Alfonso Junco no son tampoco obras de difícil acceso.

Es curioso notar cómo las autoras declaran haber recurrido a la consulta de los *Apuntes para la historia del Imperio*, de Francisco de Paula de Arrangoiz, en vez de la obra más completa en 4 volúmenes denominada *México desde 1808 hasta 1867*. No deja de llamar también la atención ver cómo se hace referencia a una edición francesa de *Juárez, su obra y su tiempo* (1922), de Justo Sierra. Declaro ingenuamente que no la conozco y dudo que se haya publicado en esta lengua.

Se pasan naturalmente por alto autores tan importantes como José María Iglesias, Manuel Rivera Cambas, Carlos Pereyra y Agustín Rivera. Una autoridad francesa en historia diplomática

como Suzanne Desternes, ignora la existencia de la rica colección del *Archivo histórico diplomático mexicano*, que comenzara a formarse gracias al noble esfuerzo de don Genaro Estrada.

La manera de enunciar la bibliografía es sencillamente pésima. No se ponen los nombres completos, ni siquiera el de los autores franceses y hasta éstos aparecen con más faltas de ortografía, que las que pudiera contener cualquiera otra edición no francesa.¹⁸

No se necesita hacer un gran esfuerzo para comprender el mundo de ideas en que se mueven las autoras. Ciertamente que no se hace referencia a trabajos como los de Emmanuel Masseras y Edgar Quinet, pero no falta el conocimiento de obras tan importantes como las de Emmanuel Domenech, Emile Kératry, Gustave Léon Niox, Charles Blanchot, Paul Gaulot, Emile Ollivier y Pierre de la Gorce. Naturalmente que le son familiares los libros de Samuel Basch y el príncipe de Salm Salm. Imprescindible fue dentro de ese proceso de elaboración mental, el conocimiento de los trabajos de Conte Corti y la condesa de Reinach Foussemagne.

No puede negarse que, dentro de la obra que he estado examinando, se registran multitud de juicios personales. Pero entendamos, en los últimos tiempos, el material acumulado para hacer una buena interpretación sobre el Imperio de Maximiliano es sencillamente abrumador, y las autoras no supieron aprovecharse de él. Quisieron y lo lograron hacer un libro fácil, ameno, capaz de agradar a las mayorías. Reconozcamos finalmente que los trabajos de Conte Corti como el de la condesa de Reinach Foussemagne pese a sus limitaciones y deficiencias, permanecen como dos obras todavía insuperables dentro del amplio marco de la historiografía europea contemporánea, cuando ésta se ha propuesto hablar del Segundo Imperio mexicano.

Historiografía soviética. De los investigadores soviéticos podría decirse que frecuentemente aspiran a convertir la historia en un arma de partido. A. Belenki, en su obra *La intervención extranjera de 1861-1867 en México*, ha cumplido plenamente con este propósito. Auspiciado por la Academia de Ciencias de la URSS, sostiene algunas audacias, que ciertamente no se atrevería a sostener si tuviera que hablar de la historia de un país como Francia, Inglaterra, Alemania o de la propia Rusia.

¹⁸ Véase por contraste la bibliografía de la obra *The French Army in Mexico*, de Jack Autrey Dabbs para poder apreciar lo que puede servir de ejemplo de un libro en que se ha hecho una cuidadosa descripción de las fuentes. Es desde el punto de vista tipográfico una obra irreprochable.

Belenki procede con una finalidad esencialmente política. Presenta juicios que están en pugna abierta con lo que ha afirmado la historiografía inglesa, francesa, norteamericana y mexicana. Yo aplaudiría su actitud y me sumaría clamoroso al coro de sus admiradores, si detrás de cada una de sus afirmaciones apareciese una vigorosa comprobación documental.

La historia de Belenki se inicia con una introducción que narra acontecimientos de 1810 a 1853. Fiel a la doctrina política que defiende, no podrá abstenerse de hablar de la perversidad inglesa y norteamericana; del terrorismo de Santa Anna practicado en su última administración y de un clero que sólo defendía sus mezquinos intereses. Toda esta primera parte está apoyada en estudios rusos, norteamericanos y franceses: ¡Ninguna alusión a fuentes mexicanas!

Al narrar sucesos posteriores a 1854 ya recurre de cuando en cuando a fuentes mexicanas. Ciertamente que no desestima a nuestros héroes de las luchas en pro de la Reforma y de la resistencia contra la intervención francesa y el Segundo Imperio; mas no da toda la importancia que merece a la historiografía mexicana sobre la referida época. Prefiere las fuentes de los llamados países imperialistas. Ciertamente que hace referencia a mexicanos como Blasio, Altamirano, Eduardo Ruiz, Matías Romero y Justo Sierra. Pero, ¿qué razón tiene para hacer a un lado con tanta injusticia obras como las de Juan de Dios Arias, Francisco de Paula de Arrangoiz, José María Iglesias, Manuel Rivera Cambas, Manuel Santibáñez, Agustín Rivera? ¿Por qué no citar estos autores que fueron testigos presenciales y participantes de los acontecimientos o que escribieron desde el mirador del porfirismo, pero cuyas obras no puede rechazar quien aspire a profundizar en el conocimiento de la época?

Entre otras cosas, Belenki presenta una Inglaterra dispuesta a intervenir a todo trance en México: “Aspiraba —según él— a derrocar el gobierno progresista de Juárez.” Si tal punto de vista fuera auténtico cuántas apreciaciones caerían por tierra derribadas por el ímpetu de sus razonamientos.

Sus fuentes de consulta para el estudio de este asunto, fueron principalmente las apreciaciones de Carlos Marx y Lenin, así como unos artículos del *Times*. En la época en que por primera vez apareció en Rusia el libro de Belenki (1959), nuestra Secretaría de Relaciones Exteriores había ya publicado multitud de documentos sobre los orígenes de la intervención.

Gracias a las investigaciones de Genaro Estrada y Antonio de la Peña y Reyes, se pudieron examinar con precisión multitud de sucesos de nuestra historia, que confirmaban que Inglaterra no había tenido deseos de intervenir en la vida política de México y que sir Charles Wike con un gesto de nobleza, se había adherido a los buenos propósitos del general Prim, que deseaba respetar la soberanía mexicana. La exactitud de estos razonamientos ha sido confirmada por investigaciones recientes. Gloria Grajales llevó a cabo un sondeo y una selección de los documentos que se encuentran en los archivos ingleses referentes a México y que han sido también publicados.

Por otra parte Lilia Díaz, de El Colegio de México, acaba de traducir y publicar una valiosa colección de documentos cuyos originales están en el Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia. ¿Será posible que la documentación existente en nuestra Secretaría de Relaciones Exteriores; la de Inglaterra y la del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, coincidan en embustes y que, sólo sean auténticas las afirmaciones de Belenki apoyadas en las hipótesis de dos contemporáneos y de un periódico?

Examinemos otras apreciaciones de Belenki: el pueblo mexicano todo (o casi todo) rechazaba la intervención. Desgraciadamente en este aspecto la realidad histórica es menos bella que la ficción. La gran labor de los republicanos consistió en crear una noción de patria a compás mismo de la lucha armada. Justo Sierra lo ha reconocido con una sorprendente precisión:

Un pueblo no se levanta como un solo hombre, moviendo hasta las piedras contra el enemigo. Un pueblo tiene límites para sus capacidades de combate, como los tiene para sus hechos funcionales, para la producción, para el delito, para la cultura. Y no se pasa el extremo límite, como no se puede con el esfuerzo de la voluntad alterar su carácter, variar un clima, hacer, en suma, lo contranatural... Y ¡cosa singular! (ante la amenaza de intervención) el país cansado de luchas y reducido a la miseria por la contienda fratricida, como se decía en todos los tonos del énfasis, fue sabiendo lentamente lo que pasaba y apenas se conmovió; apenas habría exageración en decir que no hizo caso, que se encogió de hombros; la gran masa rural, con indiferencia y todo, por fatalismo ingénito, por seguridad de seguir siendo el chivo expiatorio que cargase con los pecados y las pedradas de unos y otros; la población urbana en ciertos centros, en los Estados, en la frontera del norte, en la costa, se agitaba un poco; solían estallar allí mítines, protestas, manifiestos, discursos, versos, pero el resto

de la población urbana, o vacilaba todavía entre sus tradiciones religiosas y la inmensa aventura de transformación a que la convidaban los puros o, retraída y egoísta, se sentía con ganas de que las cosas fueran por donde Dios quisiera según el vulgar decir.¹⁹

La invasión francesa contribuyó a crear indirectamente el concepto de la nacionalidad. Así lo reconoce el mismo Sierra.

En otros muchos aspectos la visión de Belenki es errónea. No examinó la complicada psicología de Maximiliano, ni penetró a fondo en el conocimiento de la política de Napoleón III. Cabe decir que si por momentos Belenki apoya sus juicios en el punto de vista de autores de dudosa competencia, hay momentos en que procede a inventar los hechos. Un ejemplo: “los intervencionistas y sus aliados, los conservadores, querían convertir la República Mexicana en una monarquía católica reaccionaria”.²⁰ La afirmación —virgen de citas— le pertenece íntegramente. Ningún escritor serio de criterio liberal o conservador ha sostenido nunca semejante disparate al referirse a la política imperial francesa. Toda la documentación examinada hasta ahora, demuestra que Napoleón, si en algo se mostró congruente, fue en lo relativo a la cuestión eclesiástica: “Ciertamente, mientras mi ejército esté en México no permitiré que se establezca una reacción ciega, que comprometería el porvenir de este bello país y que deshonraría nuestra bandera a los ojos de Europa.”

Pero si hay que hacer justicia a la obra de Belenki, precisa no señalar sólo sus aspectos negativos. Tiene indudablemente algunos párrafos muy bien logrados. Las páginas que dedica a las actividades de los guerrilleros mexicanos, constituyen sin duda una parte valiosa de sus interpretaciones.

Contra la historiografía oficial. Ya se ha hablado en otras páginas de la importancia que tiene José Fuentes Mares, por sus aportaciones al estudio de la época de la Reforma, la intervención francesa y el imperio. Ningún mexicano de los últimos tiempos ha hecho una labor tan fecunda abordando el estudio de estos temas. Sus trabajos sobre Juárez constituyen una trilogía que mueve a multitud de meditaciones. *Juárez y los Estados Unidos*, *Juárez y la intervención*, *Juárez y el imperio* son tres libros que están en abierta pugna con la historiografía oficial. A veces este tipo de reacciones suelen ser peligrosas, porque pueden llevar al

¹⁹ Justo Sierra. *Juárez, su obra y su tiempo*. México, Balescá, 1905-1906.

²⁰ Belenki. Ob. cit.

polo opuesto, o sea al conservadurismo más recalcitrante o al escepticismo más sombrío. Mas es preciso decir que el autor dista mucho de ser un conservador furioso, se podría decir que si no ha alcanzado el justo equilibrio, se ha acercado mucho a él.

Cuando Fuentes Mares se propuso escribir sobre el periodo de la Reforma, la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano, tenía ya adquirido un sólido prestigio. Había publicado obras tan importantes como *Poinsett: Historia de una gran intriga y Santa Anna: aurora y ocaso de un comediante*.

Si se quiere profundizar en el conocimiento de las ideas de Fuentes Mares en torno a los temas de la Reforma, el Imperio y la República triunfante, es preciso que se lea no solamente su trilogía de libros sobre Juárez. Para completar la visión sería conveniente añadir algunos capítulos de su libro *Y México se refugió en el desierto*, su prólogo de la obra que se denominó *Proceso de Fernando Maximiliano, Miguel Miramón y Tomás Mejía*, el interesante ensayo de la colección del Estudiante Universitario sobre don Gabino Barreda, así como multitud de artículos periodísticos.

Sus fuentes de consulta son bibliográficas y documentales. El material empleado parece no ser abrumador, pero el autor en todo caso ha sabido hábilmente utilizarlo. Para formular sus interpretaciones prefiere recurrir al documento, aunque éste no siempre lo pueda consultar en su forma original. ¿Pero quién podía jactarse entre los mexicanos de haber estudiado el fenómeno de la intervención en todas sus complejidades recurriendo fundamentalmente a los archivos públicos y privados? Si a alguien podía corresponder este honor sería a Jorge Tamayo, que en los últimos tiempos lleva publicados 13 volúmenes de valiosa documentación.²¹

Precisa afirmar que ciertos documentos sobre el Imperio de Maximiliano los conocemos a través de los libros que los reproducen, sin que sepamos ni remotamente el paradero del original. Hay algunos que fueron redactados en español, habiéndose traducido después al francés y de nuevo al castellano, sufriendo lógicamente la deformación que les ha impreso esta doble traducción.

Una cosa sorprende en Fuentes Mares: de sus obras de consulta

²¹ La colección denominada *Benito Juárez*. Documentos, discursos y correspondencia que publica la Secretaría del Patrimonio Nacional dedica tres volúmenes para transcribir y comentar documentos relativos a la vida de Juárez comprendiendo su niñez, juventud, primeras actividades políticas y su actuación durante la guerra de Reforma. El resto de la obra se refiere al periodo de la intervención francesa, el imperio y la República triunfante.

excluye la bibliografía francesa. ¿Qué razones tiene para hacer tabla rasa de ella? ¿No es esta actitud una manera de examinar las cosas desde el punto de vista unilateral? Pueden los europeos censurar el procedimiento, por la misma razón que nosotros hemos condenado en ellos su desprecio de las fuentes mexicanas. Apenas si entre los europeos, Conte Corti le mereció el honor de ser citado por nuestro autor.

Pero no podría negarse que se ha operado en Fuentes Mares una gran evolución. Si se comparan sus libros sobre Santa Anna y Poinsett con los que ha escrito sobre Juárez, se podrá percibir todo lo que el autor ha progresado en belleza literaria y precisión de concepto.

Se percibe en la obra de Fuentes Mares un espíritu reflexivo. Sabe combinar la historia narrativa con la rigurosa interpretación de los hechos. Huye de los senderos trillados y se muestra celoso por seguir sus propias rutas. Sobre muchos temas de la Reforma y el imperio es el primero en enfocar el lente crítico. En nuestra época en que tantos historiadores se afanan por ser oscuros, lucha tenazmente por lograr la claridad de la forma. Tiene indudablemente un marcado acento de mexicanidad, pero lo domina a veces el ímpetu de la perfección retórica y se deja seducir por el encanto de las frases sonoras.

Si procedemos al análisis de las obras de Fuentes Mares podríamos decir que su libro *Juárez y los Estados Unidos* es desde luego un trabajo de primer orden para el conocimiento de las relaciones entre México y el país vecino, pero de ninguna manera se refiere a la Reforma en toda la complejidad de sus acontecimientos. En este sentido el primer volumen de *Juárez y su México*, de Ralph Roeder, supera las aportaciones del historiador mexicano.

En *Juárez y la intervención y Juárez y el Imperio*, hizo pasar nuestro autor multitud de temas por el tamiz de su crítica. La conjuración monárquica, las intrigas diplomáticas, las vicisitudes de la hacienda pública, las complicaciones del gobierno republicano en 1861, la intervención armada, la peregrinación del gobierno de Juárez de México a Paso del Norte, los problemas del gobierno imperial son temas que maneja Fuentes Mares con destreza y agilidad. Hay momentos en que sabe colocarse en una posición irreprochable, irreprochable en todo caso para aquellos que aspiramos a que se escriba la historia de México, al margen de odios de facción. Por eso nos seduce que dedique uno de sus libros “a los

que llegaron a Paso del Norte en 1865 y a los que se encerraron en Querétaro en 1867”.

Se advierte que Fuentes Mares no ha escrito para dar gusto a nadie, sino para darse gusto a sí mismo. No trabaja ni para las derechas ni para las izquierdas, su postura como historiador está más allá de estas dos actitudes doctrinales.

Cuando nuestro autor habla de la intervención europea y norteamericana, no cree en la bondad ni de una ni de otra. Para combatir la mala fe de los Estados Unidos ha empleado un gran caudal de erudición y de tiempo. Al referirse a Francia comenta que eso de “salvar el destino de la raza latina americana”, no pasaba de ser una mera frase porque a la hora de repartirse las ganancias “se quedaría con la tajada del león en lo concerniente al comercio colonial”.

Con Maximiliano se da gusto; sus ingenuidades, el carácter pintoresco del príncipe le proporcionan más de un motivo para hacerlo objeto de sus ironías.

Carlota Amalia y la princesa de Salm Salm, los sucesos de París, Roma y Querétaro en 1866 y 1867, le brindan material para soltar un poco la imaginación. Es realmente lamentable que un espíritu tan reflexivo como Fuentes Mares, no haya resistido la tentación de caer en lo anecdótico y hubiera recurrido a veces a diálogos de difícil o dudosa comprobación histórica.

No siempre se muestra generoso Fuentes Mares con los caudillos republicanos. Si respeta a algunos como Zaragoza, en cambio ridiculiza a otros como González Ortega. Con Juárez adopta una actitud singular. Dice frases elogiosas sobre él, con la misma facilidad con que lo condena. Hay momentos en que explica a Juárez con admirable penetración. No niega en él ni sus cualidades políticas ni su férrea voluntad. Considera que en sus actuaciones como político “iba directo a sus fines, sin reparar jamás en los medios”. Reconoce sin embargo en él una gran cualidad: “principia por no considerar los problemas desde un ángulo sino desde todos, para resolver después las medidas que han de adoptarse, ajustadas al cálculo de probabilidades”.

Muchos son los momentos en que Fuentes Mares ha sabido ser justo con Juárez. Su juicio sobre el Golpe de Estado de 1865 revela en muchos aspectos una penetración sorprendente; mas también hay que confesar que por momentos el entusiasmo retórico se sobrepone al vigor crítico.

Sólo si se niega que la ley sea una fórmula incompleta, y por lo mismo sujeta a interpretación, podría sostenerse todavía que el 30 de noviembre de 1865 dejó Benito Juárez de ser presidente de la República. Pero atenerse a la letra de la ley no es un modo inteligente de resolver los problemas que plantea, máxime cuando por añadidura, como ocurría en 1865, no eran sólo problemas legales los que estaban en juego sino, además, cuestiones de vida o muerte para la República. La legalidad es una forma de vida pero no la vida entera, y el autor de la frase *Fiat justitia, pereat mundus*, debió de ser un adocenado. En Paso del Norte se jugaban intereses más elevados que los legales, y Juárez hizo bien en conservar la presidencia por encima de escrúpulos dogmáticos. No era cosa de enredarse en cuestiones formales cuando la República eran unos cuantos hombres en Paso del Norte, y muchos más en el país, sin otro lazo de unión que el presidente ilusorio de una República ilusoria. Si todo era un sueño, era preciso salvar el sueño sobre la letra de todas las leyes escritas. Juárez tenía ideas muy claras sobre el problema que afrontaba. Nada amigo de frases, tres años antes acuñó sin embargo una fórmula, tan exacta, que pudo ser colofón de los sucesos de Paso del Norte:

Querer que un poder extraordinario, creado por la necesidad y por la voluntad nacional, obre con estricta sujeción a la ley, es querer un imposible. Es querer que haya huracán sin estragos. Es, como vulgarmente se dice, querer que se toque el tambor sin hacer ruido. Pasará la tormenta, y entonces todo entrará en el orden normal, y habrá lugar de ahorcar al gobernante por lo mal que lo hizo; pero mientras dure el peligro, y mientras la responsabilidad sea del que manda, dejémoslo que obre, para que cuando suba al patíbulo a expiar sus faltas, tenga siquiera el consuelo de que obró con libertad, cuando se le obligó a afrontar el peligro...²²

Bien pudo Fuentes Mares después de la transcripción del pensamiento de Juárez, terminar allí su capítulo sobre el Golpe de Estado. Pero indignado por el recuerdo de quienes hacen la apología de Juárez, no puede contener su indignación.

A cambio del Juárez autor de esas palabras, audaz, que pasa por encima de los escrúpulos para lograr sus fines, nos han fabricado un legalista “inmaculado”, venerado en altares donde la beatería oficial rebaja la belleza del drama. Es una desgracia ese juarismo, que cobra sueldos por lavar las manchas del dioscello, y quema copal en todas las ofrendas. Hojarasca cuando no hay más.

22 José Fuentes Mares. *Juárez y el Imperio*. México, Jus, 1963, pp. 109-110.



Humo y más humo. Hasta que fragua el ídolo y desaparece la figura del hombre.²³

Es indudable que la actitud vehemente de Fuentes Mares tiene su explicación y es hija de un arrebato sincero, pero no se necesitaba recurrir a una fraseología tan tormentosa para sostener un argumento. El mismo autor ha sabido guardar en múltiples ocasiones, una posición de gran dignidad que mucho le honra, al reaccionar contra la historiografía oficial. Cuando habló de Luis Terrazas como defensor de la República, supo honrar al patriota por encima del político.

...Porque el hombre que hizo posible la subsistencia del juarismo —que en ese momento encarnaba la defensa nacional—, al recuperar Chihuahua de manos imperialistas el 25 de marzo de 1866, debieron entregársele, sin regateo, los honores de un defensor de la República. Pero pudo más la pasión sectaria de los que vieron en él a un enemigo de la Revolución, sin pensar que había sido enemigo de todas las revoluciones, incluso de la que había cristalizado en el régimen que ellos habían derribado. Y olvidaron que la suprema prueba de la mexicanidad no se rinde en la guerra fratricida sino en la extranjera, donde Luis Terrazas la comprobó sin limitaciones. . .

Careció de la pupila necesaria para adaptarse al pulso de los tiempos nuevos, pero como mexicano tuvo la difícil virtud de saber cumplir con su deber. En México, en materia de honores, el partido triunfante los otorga o los retira todos. A él se los negaron, pero México —ese gran mudo de nuestra historia—, no ha dicho la última palabra todavía.²⁴

Historia diplomática. Un año antes de la aparición del libro *Maximilian und Charlotte von Mexico*, de Egon Caesar Conte Corti, don Genaro Estrada comenzó a publicar la colección de obras que llevan por título *Archivo Histórico Diplomático*. El buen éxito coronó sus esfuerzos; más de medio ciento de volúmenes se han publicado hasta la fecha.

En la colección del *Archivo Histórico Diplomático* tienen un lugar destacado las investigaciones de Antonio de la Peña y Reyes, Joaquín Ramírez Cabañas, Rafael Heliodoro Valle, Gabriel Zaldívar, Luis Chávez Orozco, Gloria Grajales, Luis Weckmann,

²³ Ob. cit., p. 110.

²⁴ José Fuentes Mares. *Y México se refugio en el desierto*. Luis Terrazas: historia y destino, México, Jus, 1954, p. 259.

Daniel Cosío Villegas, Jorge Flores y el propio Genaro Estrada. Algunos de estos autores abordaron con mayor o menor amplitud el estudio de la historia diplomática relacionada con la intervención y el imperio. Aun cuando se trataba de obras auspiciadas y publicadas por el Estado, los autores supieron colocarse en una posición no sectaria. Hay indudablemente una inclinación y una simpatía evidentes hacia los republicanos; pero hay también en las apreciaciones un tono de alta dignidad y una actitud de comprensión que honran a México.

La historia diplomática con tendencias no oficiales ha tenido una gran diversidad de cultivadores. En don Alberto María Carreño tenemos una sólida preparación histórica, desgraciadamente empañada a veces por el sectarismo. ¡Caso curioso el suyo! Como maestro solía ser respetuoso con las ideas ajenas, como escritor no podía controlar sus emociones. Más de una vez frente a los documentos mismos, con una obcecación apenas creíble cerraba los ojos para no ver la evidencia. Y su ingenuidad llegaba en ocasiones al extremo de presentar junto a sus juicios, la transcripción del documento que servía para destruir sus afirmaciones. Tal fue el caso cuando habló del tratado Corwin-Doblado en virtud del cual declaraba traidor a Juárez, sin tomar en cuenta que en ese tratado transcrito por el propio Carreño se encontraban elementos para explicar la conducta de Juárez y librarlo de las acusaciones que se le formulaban. En un libro sólido, con muy buen sentido y sin intemperancias Vicente Fuentes Díaz refutó las audaces afirmaciones de don Alberto María Carreño.²⁵

Agustín Cue Cánovas escribió con un criterio opuesto al de don Alberto María Carreño. A él se debe el libro *El tratado Mon-Almonte. Miramón, el partido conservador y la intervención europea*, trabajo sólido en muchas de sus afirmaciones. No son desde luego agradables los recursos literarios que emplea. La inquina con que juzga al autor da por momentos impresión de demagogia e irrita a fuerza de repetir términos como “el traidor

²⁵ Consultar: Alberto María Carreño. *La diplomacia extraordinaria entre México y Estados Unidos*. México, Jus, 1961, pp. 199 y ss. Vicente Fuentes Díaz. *La intervención europea*. México, edición del autor, 1962, pp. 191 y ss. Es necesario aclarar que don Alberto María Carreño en su libro *La diplomacia extraordinaria entre México y Estados Unidos* no contento con formular los más atroces cargos al gobierno de Juárez, no hace referencia a la clasificación que le corresponde a los documentos que dice haber consultado en el Archivo de la Secretaría de Relaciones Exteriores.



Almonte”. Incuestionablemente que la figura de don Juan Nepomuceno después de 1859 dista mucho de ser respetable, pero no es de buen tono repetir con tanta insistencia el término denigratorio empleado por Cue Cánovas. Una de las cosas contra las que no ha querido luchar, es para superar los adjetivos que emplea. Frecuentemente incurre en exageraciones con objeto de tributar admiración o condenar a los personajes históricos. Entre sus escritos que ha publicado para hablar de los temas que venimos tratando es digno de elogio su trabajo denominado *México ante la intervención europea*. Dicho libro tiene fines pedagógicos. Cultivador de la historia social, política y económica da pruebas de ello en sus estudios sobre la condición de Inglaterra, Francia, España y México en los días que precedieron a la intervención.

Debe hacerse justicia a Cue Cánovas. Aunque de criterio inconfundiblemente izquierdista se ha colocado por encima de la historia oficial. Ha sabido sacrificar múltiples veces la posibilidad de alcanzar un alto puesto público por mantener su independencia de criterio. Por eso no debe asombrar que frecuentemente haya reconocido la grandeza moral y la obra creadora de algunos próceres conservadores. De la misma manera que ha tenido el valor suficiente para reconocer los excesos y algunos errores muy graves cometidos por los liberales.

Se debe a Guadalupe Monroy un magnífico libro denominado *Archivo histórico de Matías Romero*. Los papeles a que en esta obra se hace referencia, están en el Banco de México. La autora no se concreta al mero ordenamiento de 18,500 piezas, sino que hace una referencia precisa al contenido de cada una de ellas. El prólogo de la obra tiene una gran importancia. En unas cuantas líneas traza la silueta de don Matías Romero, pondera el valor de sus actividades, señala la importancia de su archivo y las condiciones en que se encuentra y ha sido estudiado. Gracias a estos documentos podemos seguir las huellas de personajes como Eugène Lefèvre y reconstruir un fragmento de su vida.

El esfuerzo más poderoso que se haya hecho en los últimos tiempos para estudiar la historia diplomática de Francia en relación con México, durante el periodo de la intervención, corresponde indudablemente a Lilia Díaz. El libro *Visión francesa de México* fue el fruto de largos años de paciente y acuciosa investigación. Hay en esta obra erudición, limpieza, alto sentido de responsabilidad.

Lilia Díaz ha contribuido con su labor fecunda a iluminar grandes trechos de la historia de la intervención francesa y el Segundo Imperio. Desbroza para los investigadores un ancho camino y los incita al estudio y a la reflexión.

Luis G. Zorrilla con su obra *Historia de las relaciones entre México y los Estados Unidos de América*, contribuyó a darnos una nueva visión sobre este tema tan debatido. Aunque su autor se refiere a más de un siglo de historia, enfoco mi atención al periodo de la intervención francesa y el imperio. Podría decirse que desde los tiempos de Carlos Pereyra no se había obtenido una síntesis tan bien lograda sobre el tema. El autor no iguala a don Carlos en elegancia literaria, pero lo supera en serenidad de juicio. Además, de la misma manera que el colaborador de don Justo Sierra en el libro *Juárez, su obra y su tiempo*, analiza el problema con perspectiva universal.

Conservadurismo. La mayor parte de los conservadores, en los últimos tiempos han asumido una actitud singular frente a los grandes temas de la Reforma, la Intervención y el Imperio. Prefirieron atacar la política de sus adversarios, más que exaltar la obra de sus propios caudillos. No se escribe ya con la vehemencia de un Francisco Regis Planchet pero no porque se hayan serenado completamente las pasiones, sino por incapacidad para igualarlo. Después de todo, el belicoso clérigo poseía un gran poder dialéctico y una inteligencia de primer orden.

Recientemente se publicó una nueva edición de la *Historia de la Nación Mexicana* de Mariano Cuevas con prólogo de Daniel Olmedo. Yo he admirado siempre la serenidad crítica con que este último sacerdote jesuita estudia la condición de la Iglesia en el mundo. Habría querido que con la misma ponderación con que escribió *La Historia de la Iglesia en la Edad Moderna*, se hubiese enfrentado al estudio de la vida y la obra de uno de nuestros más debatidos investigadores. Señala desde luego que Mariano Cuevas distaba de ser un historiador ejemplar. Pero esta afirmación no basta. Quien conoce tan a fondo la historia de México y posee una cultura tan sólida, pudo hacer un trabajo que nos hubiera permitido una apreciación más exacta del padre Cuevas, muy distinta de la que nos han hecho tanto sus detractores como sus admiradores.

Yo he intentado en otra obra la valoración del apasionado jesuita. Declaro que mis apreciaciones sobre él no me han dejado

completamente satisfecho. Tal vez no pude prescindir completamente de la indignación que me produce su conducta, condición que habría sido necesaria para alcanzar el sentido de la equidad.²⁶

De Jesús García Gutiérrez se podría decir que no tiene la agresividad de Mariano Cuevas o de Francisco Regis Planchet, pero no acierta a colocarse por encima de prejuicios de facción. Su estudio *La Iglesia mexicana en el Segundo Imperio* o la parte que dedica a la intervención en su folleto *Acción anticatólica en México*, es notoriamente parcial en favor de la posición de la Iglesia que no sólo defendió su disciplina y su dogma, sino también sus intereses temporales.

El historiador de mayor erudición y de más solidez científica entre los conservadores es sin duda alguna don José Bravo Ugarte. Se le ha frecuentemente comparado a Carlos Pereyra con el peligro de una deformación histórica, pero no sin cierto fundamento. Se le parece en la asombrosa capacidad de síntesis y en cierta amargura para interpretar los hechos históricos. Pero mientras don Carlos era un artista, don José Bravo Ugarte fue un dialéctico frío y sin preocupaciones estéticas. Además Pereyra examinó el fenómeno mexicano, en su madurez de historiador desde el mirador de Europa. Bravo Ugarte tuvo la ventaja de ser un testigo presencial de muchos de los grandes sucesos de la Revolución Mexicana.

De Bravo Ugarte me desconcierta su actitud. Es demasiado comprensivo con los personajes históricos del siglo xx, que tan cerca están de nosotros. Resulta en cambio muy severo con los del xix, que lógicamente debía de tratar con mayor tolerancia.

Bravo Ugarte no es muy afecto a formular juicios, los evade con frecuencia. Siente la voluptuosidad de acumular montañas de erudición. Prefiere la historia narrativa a las interpretaciones filosóficas. Pero es necesario entender su postura y las razones que lo impulsan a adoptarla. Es demasiado escrupuloso no obstante su profundo conocimiento de la historia de México. Lo ha torturado siempre el temor de no haber ahondado todo lo que él quisiera en el conocimiento de nuestro pasado. Parece querer decir: mientras no se tengan premisas sólidas no es posible aventurar conclusiones. A veces quisiéramos saber con precisión, lo

²⁶ Ver el capítulo titulado: "Mariano Cuevas y Alfonso Toro, los dos polos de un debate histórico". Martín Quirarte. *El problema religioso en México*. México, Instituto de Antropología e Historia de México, 1967, pp. 11-15.

que opina sobre tantos hechos históricos que se concreta a exponer.

Pero cuando este historiador habla, cuando este historiador opina, sin duda alguna lo hace, no para dar gusto a todo el mundo, sino para darse satisfacción a sí mismo. Su postura es inconfundiblemente antiliberal cuando examina los fenómenos de la Reforma, la intervención francesa y el imperio. No oculta desde luego su desprecio a los próceres reformistas. Habla también con insistencia de la presencia de dos intervenciones. La de Estados Unidos en favor de los republicanos y la de Europa en apoyo del Imperio. Pero no analiza con toda la profundidad debida las causas que pudieron haber provocado una y otra actitud y el grado en que la soberanía nacional y el decoro de México pudieron haberse sentido lastimados.

Debe hacerse justicia a Bravo Ugarte diciendo que sus libros son fuentes de consulta imprescindible. Cual más, cual menos, aficionados o profesionales de la historia de México, hemos tenido que recurrir a ellos en busca de datos. Para el conocimiento del periodo que estamos examinando, son de gran importancia los dos volúmenes que integran el tomo III de su *Historia de México y México independiente*, esta última obra publicada por la Editorial Salvat. Tiene además Bravo Ugarte multitud de libros, folletos y artículos muchos de ellos siendo fundamentales para el estudio de la historia de la intervención y el imperio. Su sólida preparación le permite abordar diferentes ramas de la historia. Es así como trata con gran maestría asuntos económicos, políticos, sociales y diplomáticos. Su conocimiento de la historia civil es tan notable como el de la historia religiosa.

En Alfonso Junco tenemos a uno de los más grandes conocedores de la historia del Imperio de Maximiliano. Fue autor de la obra titulada *La traición de Querétaro. ¿Maximiliano o López?* Al leerla uno se lamenta que un hombre que poseía una pasmosa erudición haya gastado tanta dialéctica y tinta para ocuparse de un asunto que no merecía un esfuerzo tan considerable. En este libro se recurre a veces a buenas fuentes históricas; pero en no pocos momentos se echa mano de testigos de los acontecimientos, hijos de testigos o amigos de testigos que no siempre son de fiar.

Yo por mi parte, creo que esta debatida cuestión de la supuesta o real traición de López, no tiene la importancia que se le ha dado. Si el coronel imperialista fue traidor, su traición

no mancha la memoria de los atacantes de Querétaro ni de Mariano Escobedo, aunque sí disminuye un poco su gloria militar. La traición en todo caso, como se ha dicho ya, ensombrece a su autor y no a quien se aprovecha de la misma. La plaza de Querétaro estaba destinada a ser tomada con o sin la traición de López o de Maximiliano. La salida estaba resuelta y esta salida tenía que ser de consecuencias desastrosas en mayor o menor grado. En este aspecto están de acuerdo casi todos los historiadores del desventurado imperio. Los que buscan argumentos para cubrir de gloria a Escobedo y a los republicanos no meditan que la simple toma de la ciudad después de todo es un episodio del sitio. En lo que estriba la grandeza de los adversarios del imperio, que atacaron Querétaro, es en haber sabido vincular el espíritu de resistencia a la cautela y al tacto militar de muchos jefes.

En los últimos años, obras de conjunto serias, hechas por conservadores propiamente, no las hay. Son muchos los libros que tratan de aspectos parciales o que constituyen biografías. Por otra parte sería injusto declarar que todos los defensores de los próceres conservadores escriben dominados por la pasión más violenta. En el *Miramón*, de Carlos Sánchez Navarro y Peón tenemos un trabajo hecho para defender al adalid más brillante del conservadurismo, sin que su autor recurra a frases de mal gusto o trate de cubrir de ignominia a los republicanos.

En Salvador Borrego autor del libro *América peligra*, tenemos a un periodista de gran talento que ha logrado un triunfo arrollador entre cierto género de lectores. El secreto de su buen éxito radica en parte en la claridad de su estilo. Es de los que creen que la masonería es una fuerza omnipotente que amenaza la tranquilidad y la seguridad de todos los países del mundo. Esta masonería está al servicio de la judería internacional. Los Estados Unidos son hasta cierto punto una víctima de esa fuerza incontenible. Juárez y los liberales fueron instrumentos del gobierno norteamericano. Con una bibliografía mínima mal citada y una gran audacia, intenta hacer la historia de las intervenciones francesa y norteamericana, así como aspira a trazar en unas cuantas líneas la historia del Imperio de Maximiliano. Estos temas sin embargo, forman parte de un vasto conjunto. En descargo de la audacia de Borrego, podría decirse que tiene por lo menos el buen gusto de no dejarse arrastrar por frases ampulosas o por

actitudes históricas en las que incurren frecuentemente algunos escritores reaccionarios.

Con un criterio no conservador, pero sí con un afán de explicar al conservadurismo, Sofía Vereá de Bernal y Gastón García Cantú han escrito obras no exentas de fino espíritu crítico.

En actitud de reproche que no oculta cierta ira, se ha dicho que Gastón García Cantú en su libro *El pensamiento de la reacción mexicana*, no llevó a cabo una investigación exhaustiva del tema que se propuso tratar. Pero nunca hay que olvidar que el autor tuvo la honradez suficiente para reconocer las limitaciones de su trabajo. ¿Se producen en el campo de la investigación histórica las obras propiamente exhaustivas? Decía Fernando Braudel que en historia no había libros perfectos ni obras que no debiesen volver a rehacerse jamás. Ahora bien, cualesquiera que fuesen las limitaciones del trabajo de Gastón García Cantú, es indudable que constituye el estudio más completo que se haya intentado sobre el tema. Del vasto conjunto que constituye el voluminoso libro, las páginas que dedica al estudio de las ideas de Francisco de Miranda, Alejandro Arango y Escandón, Tirso Rafael Córdoba y José Manuel Hidalgo son de particular importancia para lograr una apreciación más ecuaníme de los sucesos. Reproduce algunos folletos o páginas que eran verdaderas joyas bibliográficas. Es digno de elogio que siendo de tendencias izquierdistas, tenga la probidad suficiente para no arrojar al valle de la ignominia a los conservadores y es que está convencido como Juárez “que los reaccionarios al fin son mexicanos”.

Al publicarse la obra titulada *Un hombre de mundo escribe sus impresiones* y cuyo subtítulo es *Cartas de José Manuel Hidalgo Esnaurrizar*, se ha hecho un alto servicio a la historiografía mexicana. Por su desprendimiento, por su ausencia de bajas pasiones, por el estilo de gran señora con que ha procedido doña Sofía Vereá de Bernal al publicar y comentar el epistolario de Hidalgo, tiene derecho al justo aplauso que debe tributarse a un esfuerzo intelectual de esta magnitud.

En edición sobria de la Editorial Porrúa, cuidadosamente hecha desde el punto de vista tipográfico, el lector puede seguir la dramática vida de quien sobrevivió 29 años al fusilamiento de Maximiliano en Querétaro.

La señora de Bernal no marcha por los senderos trillados, no sigue el camino de los elogios incondicionales cuando tiene que hacer referencia al personaje que se propuso sacar del polvo

del olvido en que estaba relegado. Es una reina de salón. Introduce a los lectores a los aposentos reales donde se paseó la figura de ese solterón empedernido que fue alguna vez Hidalgo. Leyendo las cartas de don José Manuel y las reflexiones de doña Sofía, podemos contemplar a nuestro personaje lo mismo en sus momentos triunfales que en las horas amargas de la decepción. Cuando la impresión de una imagen nos subyuga, cuando un suceso histórico atrae nuestra atención y queremos sentirlo en la más completa soledad, la generosa dama que nos ha guiado ha desaparecido, se ha esfumado voluntariamente con una exquisita cortesía, para brindarnos el placer de gozar en silencio nuestra contemplación. Luego vuelve a presentarse cuando su ayuda nos vuelve a ser indispensable. Nos da todas las informaciones que le pedimos sobre la correspondencia cruzada entre Hidalgo y García Pimentel, personaje este último que pensara hacer la historia del Imperio de Maximiliano, sin lograr nunca que su anhelo cristalizara en realidad. Sin artificios de estilo, sin afectaciones, sin rebuscamientos es posible ver el drama de Hidalgo desde los preparativos del imperio hasta el instante de su muerte acontecida en un día de primavera de 1896.

La señora de Bernal, mujer extraordinariamente sensible a la belleza plástica, de inteligencia penetrante con toques sobrios y vigorosos examina un personaje, analiza una época y sondea con admirable penetración psicológica el alma de un hombre que influyó gravemente en los destinos de México, pero cuya historia no se ha hecho todavía.²⁷

Conmemorativa. En México solemos revisar nuestra historia cada cincuenta o cada cien años. De allí que desde 1961 con motivo de la aproximación del centenario de la victoria del Cinco de Mayo, comenzaran a publicarse obras para hacer referencia a los sucesos de la invasión francesa y del imperio.

La Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, salvo excepciones muy honrosas, publicó trabajos en los cuales la falta de rigor científico y la ausencia de ponderación, fueron las notas distintivas. Entre las pocas publicaciones dignas de tomarse en cuenta por su alto valor destacan las de Marianne O. de Bopp, Ernesto de la Torre y Francisco López Cámara.

²⁷ Cartas de don José Manuel Hidalgo Esnaurrizar. *Un hombre de mundo escribe sus impresiones*. Recopilación, prólogo y notas de Sofía Vereza de Bernal. México, Porrúa, 1961.

La doctora Marianne O. de Bopp efectuó una importante valoración sobre la actividad de los alemanes en México. Su trabajo revela un amplio dominio del tema que trata y el deseo de no hacer de la historia una ciencia al servicio de ninguna pasión insana.

Con un alto sentido de responsabilidad y dominio de los métodos de investigación, Ernesto de la Torre Villar abordó el estudio de *Las fuentes documentales francesas para la Historia de México y la Guerra de Intervención*. El contenido de la obra rebasa las dimensiones que el título sugiere. El autor con esa preocupación americanista que lo ha caracterizado siempre, hizo una seria investigación en los archivos europeos.

De la Torre ha efectuado una observación rigurosamente exacta, cuando dice que pocos países como España poseen un tesoro documental tan rico. Pondera la importancia de los archivos de Madrid, Sevilla, Cádiz, El Escorial, Toledo, Salamanca y Barcelona. Sus observaciones sobre los cambios institucionales operados en el imperio español, constituyen aportaciones de primera importancia para los estudiosos de la historia de América y de España.

Incansable en su afán erudito hace un rápido recorrido a los archivos italianos, austriacos, ingleses, suecos y suizos. Aun el examen de fuentes danesas y rusas no escapa a su análisis. Mas la parte más sólida de sus investigaciones está dedicada a los archivos franceses.²⁸

A Francisco López Cámara lo respalda una sólida labor de investigación en los dominios de la historia, la sociología y la economía de México. Desde hace más de dos décadas viene trabajando con una tenacidad ejemplar. Une a su sólida cultura el conocimiento de los métodos más modernos que se usan para el manejo de la historia social y económica.

Antes de abordar los temas sobre la intervención francesa había redactado ya un importante estudio que denominó *La génesis de la conciencia liberal*. Su folleto *Los fundamentos de la economía mexicana en la época de la Reforma y la intervención*, publicado por la Sociedad de Geografía y Estadística constituyó la segunda parte de una trilogía que se completa con un libro de reciente aparición: *La estructura económica y social de México en la época*

²⁸ Ernesto de la Torre Villar. *Las fuentes documentales francesas para la Historia de México y la Guerra de Intervención*. México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962, p. 61.

de la Reforma. A mi juicio este último trabajo es la obra más acabada de su ya abundante producción bibliográfica. En ella hay exposición clara, abundancia de información, gran poder de análisis y de síntesis. El autor para elaborarla no recurrió exclusivamente a fuentes bibliográficas sino que llevó a cabo investigaciones en los archivos europeos.

Muchas obras fueron escritas el año de 1962 para conmemorar el centenario de la epopeya del Cinco de Mayo, pero probablemente ninguna tan importante como la de don Federico Berrueto.

El libro que ostenta por título la sencilla denominación *Ignacio Zaragoza*, sobrepasa los límites de una simple biografía. Es la interpretación histórica de toda una época. El héroe del Cinco de Mayo aparece así más grandioso incorporado a la legión de los reformistas y de los defensores de la República.

¿Después de la figura de don Santos Degollado, puede haber una vida de soldado improvisado más sublime que la de Ignacio Zaragoza en aquella tormentosa como heroica época? ¿Y la hoja de servicios del héroe chinaco, quién podría superarla? Había el peligro de que dada nuestra sensibilidad y nuestra manera de juzgar los hechos, al celebrarse el primer centenario de la batalla del Cinco de Mayo, transformáramos la personalidad de Zaragoza en una figura casi de leyenda. Afortunadamente la severidad sociológica se sobrepuso a las mistificaciones. Bien podemos sentirnos orgullosos de este progreso intelectual.

La obra de Berrueto de un matiz netamente liberal, no ensombrece sin embargo ninguna de sus páginas con el odio hacia el conservadurismo. El estilo es sobrio, mesurado, elegante en su sencillez. Cuando por intermitencias aparece la emotividad, ésta se singulariza por su tono de alta nobleza. Mas sería inexacto decir que el autor escribe bajo el influjo de métodos de exposición histórica completamente modernos. Está todavía demasiado arraigado a maneras de abordar la historia, un tanto desusadas en nuestra época. Sin embargo, no estamos en presencia de una investigación improvisada, sino de un estudio que es producto de una reflexión de varios años. En el libro que comentamos, Zaragoza no es sólo el defensor de México frente al agresor francés, aunque este mérito sería suficiente para su inmortalidad. Esta única virtud le habría dado un sitio de honor entre nuestros héroes. Mas su figura sin ser compleja tiene innúmeros matices. Ciudadano ejemplar, hombre dotado de cualidades sorprendentes de mando y de organización, comenzamos a comprenderlo en muchos aspectos

que antes ignorábamos o que no habíamos suficientemente valorado.

Berrueto se acercó a su héroe, a nuestro héroe, con la pasión de un historiador genuino que va en busca de la realidad y rechaza los oropeles de la leyenda. El autor ha sabido calcular las dificultades de su trabajo. No se deja arrastrar por el procedimiento peligrosísimo de las hipótesis. Su regla es no formular un juicio sino cuando tiene en sus manos una documentación lo suficientemente sólida, para poder fundamentar sus afirmaciones. Huye de la fantasía, pero la obra no peca de languidez de estilo, todo lo contrario, abundan los fragmentos de un colorido lleno de emotividad. Por otra parte, el trabajo tiene el alto mérito de haber hecho un estudio que aporta datos nuevos, fruto natural de una investigación que va a la consulta de las fuentes originales. Su documentación es vigorosa, pero se ve en él un afán de no cansar demasiado al lector con la cita textual del punto de vista de los autores de los sucesos.

Sin descuidar el aspecto de los acontecimientos sociales, políticos y diplomáticos, de la época en que tuvo lugar la parte más importante de la vida de Zaragoza, predominan en la obra de Berrueto las descripciones de los asuntos militares. Los bien templados músculos de escritor que posee Berrueto, le permite anar la solidez de raciocinio al fácil estilo de la narración. Posee el don de transmitir a sus lectores el fuego de su patriotismo, pero no sería capaz de avivar la llama de ningún odio, ni de exaltar ningún resentimiento.

Los hechos militares, el acontecimiento mismo del Cinco de Mayo, están narrados con una sencillez que hace accesible el libro aun a las personas no familiarizadas con las disciplinas históricas.

Dentro de esa labor de revisionismo histórico las actividades llevadas al cabo por la asociación mexicana de investigadores bajo el auspicio del Instituto Francés de América Latina tuvieron una importancia capital.

En el curso de 1961, la Mesa Redonda de Historia Social del Instituto Francés de América Latina en México, organizó un ciclo de conferencias particularmente importantes.²⁹

El propósito de los organizadores de aquella tarea cultural,

²⁹ Estas conferencias fueron publicadas después en forma de libro. Véase: *La intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. Cien años después*. Edición preparada por Arturo Arnáiz y Freg y Claude Bataillon. México, Asociación Mexicana de Historiadores, Instituto Francés de América Latina, 1965.

consistía en efectuar un estudio del Imperio de Maximiliano, juzgándolo desde diferentes puntos de vista. Si la historia social, política y económica tuvo sus cultivadores no se descuidaron las cuestiones artísticas y científicas.

El IFAL estaba entonces dirigido por don Francisco Chevalier, a quien la historia de México debe servicios eminentes. De él fue la idea de crear la Mesa Redonda de Historia Social Comparada. El instituto constituía no sólo un baluarte de la libertad, sino un centro de convergencia de las más nobles inquietudes del espíritu.

Los resultados de esta labor intelectual, en términos generales constituyeron una victoria para la alta crítica. Se trataba desde luego de una actitud revisionista.

François Chevalier hizo ostentación de su gran poder de análisis y de síntesis. Demostró también con cuánta profundidad puede penetrar en los vericuetos de nuestra historia social. El título del trabajo y el subtítulo enuncian con claridad los propósitos del historiador francés: *Conservateurs et liberaux. Essai de Sociologie et Geographie Politiques de l'Independence a l'intervention française.*

François Chevalier esboza la estructura social y económica de la colonia, para así explicar los sucesos del siglo XIX.³⁰ La ecuanimidad y el buen juicio campean en sus interpretaciones. Considera que si la Iglesia como institución tradicionalista, estaba fuertemente vinculada al pasado, de su seno mismo salieron algunos de nuestros más audaces reformadores. Estudia el movimiento de las ideas en institutos como los de Ciencias y Artes de Oaxaca, que iban a tener un papel tan preponderante en la vida política y social de México. Con gran agilidad habla de las preocupaciones que movieron a Francisco Severo Maldonado, Manuel Abad y Queipo, Mariano Otero, Ponciano Arriaga, Francisco García Salinas y Juan Álvarez. Había en ellos el deseo de transformar el sistema de la propiedad. Pero no porque admire a los caudillos del liberalismo, sepulta a los conservadores en el valle de la ignominia. Elogia en Lucas Alamán ese afán por hacer la defensa del industrialismo, sus propósitos por llevar a México hacia una prosperidad económica. Estudia con profundidad la lucha de los dos partidos políticos que se disputaron el dominio del país. Finalmente, ve en la intervención

³⁰ No hay que olvidar que el autor conoce el tema al dedillo. Su obra *La formation des grands domaines au Mexique. Terre et Société aux XVIIe et XVIIIe siècles* es de primer orden para el estudio de la historia rural.

francesa un fenómeno que en cierta manera sirvió para consolidar el triunfo del liberalismo, ya que el propio archiduque Maximiliano fue un partidario de las ideas innovadoras.

Moisés González Navarro y Luis González efectuaron estudios de historia social. Uno y otro eran ya en ese tiempo, no obstante su juventud, singularmente diestros en el arte de la investigación.

Moisés González Navarro en su estudio *La Reforma y el Imperio* hizo en dos plumadas un bosquejo del liberalismo en su periodo culminante, esto es de 1854 a 1858. Ve en el movimiento de Ayutla, uno de esos acontecimientos que tienden a transformar las estructuras de un pueblo. No niega sin embargo, que cierta preocupación cristiana movió a los Constituyentes de 1857 cuando dieron a México su código supremo. Objeto de su atención fueron los reformadores que plantearon la solución de los grandes problemas económicos del país. Para él, hay ciertas similitudes entre la legislación republicana y la monarquía. Es lástima, sin embargo, que no haya penetrado de lleno en el estudio de la historia social del imperio. Un espíritu tan agudo y equilibrado como el suyo hubiera hecho un brillante análisis al respecto. Sin duda alguna, el trabajo a que hacemos referencia fue elaborado con cierta premura para responder a las exigencias que demanda a veces el cumplir con ciertos compromisos de aniversario.

González y González abordó el tema titulado *El indigenismo de Maximiliano*. La prosa del autor es clara, precisa, elegante, pero hay en sus juicios más brillantez literaria que reflexión crítica. Se tiene la impresión de que quiso divertirse y divertir un poco al público. La ironía es frecuente y por momentos examina ciertos tópicos con desenfado.

Es curioso ver cómo González y González, al igual que la mayor parte de los que hablan del indigenismo de Maximiliano, olvidan las incongruencias del archiduque. Hay momentos en que da la impresión de percibir las, pero lejos de examinar a fondo el problema pasa por encima de él y evita el necesario examen con una frase ingeniosa.

Yo creo que frecuentemente se elogia en Maximiliano su política agraria, pero no se insiste en que carecía de verdadera firmeza para imponerse. Y cuando se habla en términos encomiásticos de sus propósitos para suprimir el peonaje, se olvida que el mismo Maximiliano dio leyes para restituir la esclavitud.

Los trabajos de historiografía sobre el imperio fueron realizados por Luis Chávez Orozco, Ernesto de la Torre Villar y Juan Antonio Ortega y Medina.

Cabe aclarar que quienes tratamos a don Luis Chávez Orozco con intimidad, pudimos darnos cuenta de que su exposición oral era generalmente superior a sus escritos. En las conferencias de mesa redonda nos sorprendió siempre la serenidad de sus juicios, el orden riguroso de sus silogismos, el respeto con que analizaba las ideas de los hombres de pensamiento diametralmente opuesto al suyo. En el Instituto Francés de América Latina expresó en innumerables ocasiones las más sólidas doctrinas.

Sin embargo, como prosista no tenía el don de los grandes escritores, dueños de una técnica capaz de seguir todas las ondulaciones del pensamiento. Para él, encontrar la fórmula capaz de expresar sus ideas fue objeto de los más rudos combates. Consciente de su limitación cuando tuvo necesidad de escoger entre la historia como ciencia y la historia como arte, se decidió sin vacilar por la historia como disciplina científica. Entonces se expresaba con metáforas sencillas de la vida ordinaria, pero su severa erudición histórica sabía interpretar con precisión matemática los hechos. Actuaba siempre guiado por un sentido de equilibrio, de amor al orden y a la justa medida. Mas era tanto su afán de claridad, tan honda y tan noble la pasión que lo inspiraba, que en su prosa ruda y viril expresó algunos de los juicios más vigorosos sobre historia de México.

Una vez hecho este paréntesis como un justo homenaje a don Luis Chávez Orozco, procedamos al estudio del trabajo que presentó en el IFAL. La dificultad del autor para sintetizar, ordenar ideas y levantar finalmente arquitecturas se revela en el trabajo que denominó *Introducción al estudio de la historia de la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano*. Las 14 páginas empleadas para hablar del tema, pudieron haberse sintetizado en cinco o seis con provecho para la claridad y la precisión. Don Luis enumera, describe, hace fichas bibliográficas. No niego que de cuando en cuando emite opiniones muy certeras, pero es indudable que muchas reflexiones críticas se quedaron en el tintero.

Con el título *Bibliografía germano-austriaca sobre el Imperio*, Juan Antonio Ortega y Medina procedió al análisis crítico de una nutrida colección de autores, algunos de los cuales él es el primero en estudiar.

Dos tipos de obras examina Ortega y Medina. En primer término la literatura alemana que vio con interés las cuestiones de México. Hace también referencia a libros que abordaron el estudio del Imperio de Maximiliano. Para nuestro tema estos últimos son los que revisten mayor importancia.

Ernesto de la Torre Villar en su trabajo *La visión de México y los mexicanos en los intervencionistas*, nos brindó un interesante ensayo sobre las obras de Auguste Roze, Charles du Barail y el general Vanson. Entre los profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México, De la Torre es uno de los que más ha ahondado en el estudio de las etapas de la Reforma, la intervención francesa y el imperio.

La parte económica sobre el imperio estuvo confiada a los profesores Frédéric Mauro y Xavier Tavera. El primero escribió el ensayo titulado *L'Economie du nord-est et la resistance a l'Empire*, el segundo fue autor del trabajo titulado *Consecuencias económicas de la intervención*.

Las cuestiones de arte fueron abordadas por Vicente T. Mendoza y Francisco Monterde. El primero examinó el folclore durante la intervención y el segundo hizo análisis de las diferentes obras de teatro que se han hecho tomando como tema el drama de Maximiliano.

Correspondió al arquitecto Mauricio Gómez Mayorga la elaboración de un sólido estudio. La influencia francesa en la arquitectura y el urbanismo en México. Hombre de poderosa sensibilidad estética y de una vasta cultura proyecta su mirada desde la época del Imperio hasta el periodo porfirista. No le sonroja confesar el afrancesamiento que sufrió México en el arte; está convencido de que, después de todo, nuestro país es un asimilador de corrientes mundiales. Observa además, que si durante más de un tercio de siglo se recibió la influencia francesa, fue “la revolución de 1910 la que vuelve a liquidar todas las cosas para permitir que México naciera definitivamente de las múltiples envolturas en que se había estado gestando”.

En verdad que Gómez Mayorga no se propuso analizar la arquitectura en el periodo imperial, pero supo en fragmentos de gran poderío crítico, incorporar el tema de México a las grandes inquietudes universales.

El doctor Antonio Martínez Báez se comprometió con el difícil tema de la legislación del imperio. Gracias a su sólida preparación jurídica pudo salir airoso de su difícil empresa.

Con un rasgo de excesiva modestia declaró que su trabajo era una improvisación. Hay desde luego un conocimiento muy sólido del tema que trata. Al hablar de la legislación del imperio no acepta las acusaciones de ineptitud formuladas contra el pobre Maximiliano, que al fin de cuentas ha pagado sus propios pecados y aun los ajenos. Arrangoiz hablaba de una manía de hacer leyes que no podían aplicarse y que eran contrarias al espíritu nacional. Condenaba también la actitud de desprecio mostrada por Maximiliano frente a la legislación elaborada durante el periodo colonial. Napoleón por su parte, creía que todo ese afán legislativo del archiduque era infecundo porque era inaplicable. Más generoso que Arrangoiz y Napoleón, Martínez Báez trata de destacar la parte sólida de las disposiciones dadas por Maximiliano. Según el jurista mexicano a ellas correspondió la definición del territorio nacional. Se decretó la adaptación del sistema métrico decimal francés. Se formularon leyes para proteger a los trabajadores. Quisieron limitarse las horas de trabajo, así como se elaboraron disposiciones para suprimir la tlapixquera y el cepo, se trató de organizar la administración de justicia y se procedió a la formación de un código civil. Este último influyó en la legislación mexicana posterior. No es una simple enumeración de disposiciones, el autor procede a señalar bajo qué condiciones se produjeron éstas, sin que falte tampoco la reflexión crítica en torno a cada uno de los aspectos que trata.

Cabe sin embargo, hacer una reflexión; para que estas disposiciones hubieran tenido aplicación práctica, se habría necesitado que la perspicacia política de Maximiliano se hubiera igualado a las buenas intenciones que más de alguna vez lo guiaron.

El doctor Manuel Maldonado Koerdell hizo un interesante trabajo sobre un tema también muy poco explorado. En su estudio denominado *La obra de la comisión scientifique du Mexique* destaca la importancia de las actividades de los investigadores franceses enviados por Napoleón III.

· Cuando se lee la obra denominada *Archives de la comisión scientifique du Mexique*, o cuando se analizan las reflexiones de Maldonado Koerdell, el lector llega a la conclusión de que el emperador de los franceses, distaba mucho de querer emprender en México una obra que pudiera confundirse con un acto de simple piratería. Había desde luego en él un móvil interesado, pero de ninguna manera se trataba de convertir la expe-

dición a México en objetivo de pillaje escandaloso. La comisión científica para hacer investigaciones en el país intervenido, se inspiró en las actividades de la expedición de Egipto efectuada durante la época de Napoleón I. Entre sus integrantes hubo personas de singular preparación. Los resultados logrados permitieron en ciertos aspectos un mejor conocimiento de la realidad mexicana.

Quien lea sin prejuicios el trabajo de Maldonado Koerdell comprenderá que ha efectuado una tarea muy útil, porque entre otras cosas hace un estudio crítico de una obra tan extensa y tan difícil de conseguir en nuestro tiempo como es *Archives de la comission scientifique du Mexique*.

Wigberto Jiménez Moreno abordó el tema que denominó *Puebla como recuperación del orgullo nacional*, trabajo en que el autor no pudo sustraerse a los prejuicios de la historiografía oficial.

Las últimas páginas de la obra que venimos examinando le corresponden a Daniel Cosío Villegas. Más que un tema de la intervención francesa y del imperio, se prefirió confiarle un asunto de su especialidad. *Francia y México. Amor y recelo* pertenece al vasto panorama de lo que don Daniel llama la República restaurada, tema al que ha dedicado varios lustros de fecunda actividad. No se había todavía publicado el VI tomo de la *Historia Moderna de México*, pero tenía ya su autor en las manos los materiales que le sirvieron para arquitecturar esta obra. Cabe decir que en ocho páginas al hablar de la reanudación de las relaciones entre México y Francia nos dio don Daniel el anticipo de un tema, que después fue tratado por él mismo con mayor profundidad, en un libro que constituyó todo un triunfo en el estudio de la historia diplomática de México.

EL SIGNIFICADO DEL TRIUNFO DE LA REPÚBLICA

En ocasión cívica, con motivo de la muerte de Juan Álvarez, el ingeniero Jorge Tamayo declaró que el centenario del triunfo de la República no se había solemnizado dignamente. Precisó que había habido “una actitud fría” ante el suceso. El gobierno se había concretado a erigir un monumento y a hacer marchar la carroza de Juárez por las calles de la ciudad. Hizo notar que los institutos de cultura no hicieron investigaciones de trascen-

dencia y que en cuanto a la Universidad de México, se había caracterizado por su mutismo. Precisó que no se produjo un solo estudio de conjunto. Desde luego que consciente el orador de la seriedad que deben tener estos trabajos, consideraba que para lograr un buen éxito deben iniciarse con algunos años de anticipación. Por amargos que hubieran sido los conceptos de Tamayo, encerraban una profunda verdad. Ningún libro publicado en 1967 pudo ser comparable a los grandes trabajos de síntesis que sobre el tema se habían elaborado en otro tiempo.

Hubo sin embargo, una actividad tendiente a juzgar el triunfo de la República desde una perspectiva serena. Don Manuel J. Sierra dirigió una publicación en la que colaboraron el propio director y Manuel González Ramírez, Edmundo O'Gorman, Ernesto de la Torre Villar, Daniel Gutiérrez Santos y Martín Quirarte. Los trabajos que versaron sobre diferentes temas, fueron hechos con cierta premura. Tal vez ni uno de los colaboradores pudo disponer del tiempo que hubiera deseado, aunque esto no quiere decir que detrás de muchos de ellos no hubiese una sólida cultura y un conocimiento serio de los temas que trataron.

Es digno de notarse que en este libro que se tituló *A cien años del triunfo de la República*, Manuel J. Sierra mostró un profundo respeto hacia el pensamiento de cada uno de los colaboradores. No presionó de ninguna manera para torcer sus juicios, manifestó una absoluta libertad de pensamiento. Una cosa es indiscutible: nadie hizo de su escrito un instrumento al servicio de una baja pasión y sí, en cambio, se guardó una cierta actitud de comprensión en mayor o menor grado hacia los caudillos derrotados. El autor del presente ensayo se concretará a estudiar el trabajo de Edmundo O'Gorman en sus lineamientos generales.³¹

Desde mediados de 1967 sabíamos que O'Gorman preparaba un estudio sobre la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. Esperábamos con ansia su interpretación, lo mismo sus discípulos directos, como aquellos que sin serlo no somos de ninguna manera insensibles a los ricos matices de su pensamiento.

Precisa decir que *El triunfo de la República en el horizonte de su historia* no es de ninguna manera un trabajo accesible a las

³¹ Tomando en cuenta que yo había colaborado en la obra *A cien años del triunfo de la República*, quería abstenerme de hacer juicios sobre los demás colaboradores, pero las apreciaciones de Edmundo O'Gorman son de tal manera interesantes que no resistí la tentación de analizarlas.

masas. Está escrito para un público selecto, reclama para su comprensión un conocimiento de hechos esenciales de la historia de México. Se adopta en él una posición ideológica que está en abierta pugna con las ideas comúnmente aceptadas. Para desgracia de nuestra conciencia cívica, no hemos logrado todavía esa plenitud de cultura que permite analizar la historia con toda la serenidad crítica debida. Cuando se juzga la etapa de la intervención francesa y del imperio, se tienen aún ciertas reservas y no pocos prejuicios. Hay quienes quisieran arrancar ese fragmento de nuestra historia nacional, se avergüenzan de lo que no debe ser motivo de sonrojo, sino razón de serias meditaciones. El triunfo de la República tiene un sentido mucho más profundo de cuanto se ha supuesto. Cuesta mucho trabajo convencer a la generalidad de los lectores, que México no tenía antes de 1867 el cuerpo de un Estado.

El nacimiento, el desarrollo y la muerte de la idea imperial, constituyen el objetivo fundamental del trabajo de O'Gorman. Desde luego que no fue don Edmundo el primero en explicar una postura condenada por el prejuicio político de los vencedores. Justo Sierra lo había ya hecho en *Juárez, su obra y su tiempo*. Pero las enseñanzas del maestro no habían fructificado en más de seis décadas. Entre los hombres de inclinación liberal y progresista, pocos, muy pocos se habían acercado en actitud comprensiva hacia el conservadurismo. Por otra parte era preciso juzgar los hechos desde la perspectiva de nuestro tiempo, tal fue el propósito de O'Gorman. No se trata de un trabajo integralmente nuevo, dentro de la caudalosa obra de don Edmundo. Nos había ya dado anticipos del actual estudio cuando publicó *Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla*. Sin embargo, el comentario de los hechos históricos que van de 1858 a 1867, sí constituye una novedad. Ignorábamos sus opiniones sobre esta época y teníamos un vivo deseo de conocerlas. De la extensión y profundidad con que el tema es tratado no puede el lector sentirse defraudado. O'Gorman no se perdonó esfuerzo con tal de penetrar en todos los rincones que le permitieran la visión más amplia de los hechos. No es exagerado decir que en un centenar de páginas del ensayo se encierra “una potencia de veinte atmósferas”. No es posible leer de prisa, no se pueden efectuar marchas rápidas, hay que resignarse a recorrer los tramos del camino a cortos pasos, si se quiere enterar con precisión de todo ese apretado haz de ideas. Por otra parte el autor se mantiene

objetivista hasta donde el objetivismo es posible en la historia. No hace reproches al partido vencido, no censura a los hombres que no acertaron convertir su pensamiento en una realidad perdurable, y no hace ninguna concesión a la historiografía oficial. Mas es preciso adelantar una advertencia; dentro de la brevedad de este ensayo no podría darse una idea completa del trabajo de O’Gorman, sino una simple visión impresionista.

Hay que partir de una premisa: dos fuerzas rivales se disputaron el ser de México. Se trata entonces de un gran debate ontológico semisecular, o con expresión menos plástica y menos filosófica, de dos tendencias que disputaron sobre la forma política y social que debía regir a México.

Los insurgentes que después fueron federalistas y más tarde republicanos se inspiraban en el ejemplo de los Estados Unidos y deseaban emancipar a México de sus tradiciones españolas. Los que se identificaban plena y sinceramente con los ideales de Iturbide deseaban monarquía, un país independiente pero al fin y al cabo partidario de un acercamiento a los sistemas de gobierno europeos. Y cuando fracasó el imperio de Iturbide, a la sombra del centralismo y aun bajo el mando de administraciones federalistas, no dejó de conspirarse a favor del sistema monárquico.

El proceso ideológico es analizado con perspicacia, dando una atención especial a ciertos momentos históricos como la agitación monárquica en la época de Paredes y las actividades políticas bajo la última administración de Santa Anna. En este ir y venir por los laberintos de las primeras décadas de México Independiente, muestra O’Gorman un instinto crítico de primer orden, que le sirve de hilo conductor para no extraviarse. Particularmente importante es su análisis de la última administración de Santa Anna, tan poco estudiada, pero cuyo conocimiento es necesario para explicar con claridad ciertos sucesos de las Revoluciones de Ayutla y de Reforma, así como de la intervención.

O’Gorman no procede a formular censuras sin justificación. Le irrita desde luego el boato de la última administración de Santa Anna. Pero en seguida reflexiona: “no debemos despachar con la burla y un gesto de desprecio ese trozo de historia que, al fin es nuestra”. El problema de comprensión de esta época santanista es tan difícil que O’Gorman tiene que hacer grandes esfuerzos para penetrar en todos los intersticios del fenómeno histórico. Más que la complejidad misma de los hechos, lo que dificulta la tarea es la falta de estudios al respecto. No se puede

aún determinar con precisión la conducta del presidente de la República y la parte que pudo haber tomado en los planes de agitación monárquica. Don Edmundo pese al esfuerzo por esclarecer la verdad se encuentra a veces frente a problemas de momento insolubles. Colocado ante dudas que de ninguna manera podrá resolver de inmediato, no sigue la ruta fácil de las hipótesis. Esta actitud dubitativa ante ciertos problemas es sin disputa altamente decorosa.

No se va a juzgar en estas líneas las apreciaciones de O’Gorman sobre la Revolución de Ayutla y sus consecuencias inmediatas. Estos temas fueron ampliamente estudiados por don Edmundo en su trabajo *Precedentes y sentido de la Revolución de Ayutla*. Sin desconocer los méritos de sus puntos de vista al respecto, prefiero enfocar mi atención fundamentalmente a los temas relativos a la intervención francesa y el Segundo Imperio.

Para Edmundo O’Gorman, el año de 1858 significó un momento decisivo de la historia de México, fue el inicio de una guerra sin posibilidad de transacción. Las dos fuerzas antagónicas que se habían disputado el ser de México, tuvieron noción exacta de la magnitud de la contienda y de su importancia.

Sin duda alguna que el saldo de la Guerra de Tres Años, fue favorable para los reformistas. Juárez y los suyos pusieron las bases de una sociedad civil al dictar las Leyes de Reforma. O’Gorman al ponderar la importancia de esta legislación sostiene que atacaba “el poder político y social del clero, pero que al mismo tiempo iba dirigida también ‘contra las costumbres, los hábitos, los privilegios y más profundamente contra el modo de vivir y de pensar de la mayoría de los mexicanos’”. Ahora bien, precisa declarar que si hemos alcanzado una madurez cívica, necesitamos colocarnos por encima de ciertos prejuicios. Frecuentemente se dice que Juárez fue autor de una revolución que se llevó a cabo con el apoyo del pueblo mexicano. La verdad es que Juárez estuvo secundado por el esfuerzo de una minoría selecta, muy audaz y muy resuelta, pero al fin y al cabo una minoría. Ése fue su gran mérito, realizar una obra sobreponiéndose al deseo de la mayoría, enfrentándose a viejos hábitos, destruyendo creencias seculares. Al reconocer O’Gorman que la actitud de Juárez y los liberales iba en contra del sentimiento de la mayor parte de los mexicanos, indudablemente que está más allá de las afirmaciones de la historiografía oficial que ha predominado durante un siglo.

Ahora bien, ya desde antes de la victoria de González Ortega

en Calpulalpan (diciembre de 1860), una poderosa agitación planeaba en Europa la intervención extranjera. Pero es necesario aclarar que los emigrados mexicanos, que entonces luchaban ante las cortes europeas en demanda de un príncipe para México, no todos eran de tendencias conservadoras. Es muy difícil seguir los pasos de los intervencionistas y la falta de documentación impide juzgar con claridad ciertos acontecimientos. Frecuentemente he reflexionado sobre un concepto de O’Gorman: “En grandísima parte escribir historia es bello deporte de conjeturas.” ¿Tal afirmación es un “tour d’esprit”, la sentencia de un filósofo de la historia, o la brillante frase de un prestidigitador de las ideas? Hay un fondo de verdad en esta afirmación. ¿Conjeturas? Sí... Pero allí está el drama del verdadero historiador, que no puede conformarse con salir del atolladero arrastrado por una reflexión tan cómoda y lucha incansable y angustiosamente por encontrar los datos que le permitan una mejor fundamentación de sus juicios. Es innegable que la investigación histórica debe aún trabajar mucho para precisar las actividades de los intervencionistas mexicanos. Y hay que reconocer que O’Gorman ha procedido con cautela al analizar sus fuentes. Habla con justicia de los falsos escrúpulos de Márquez cuando decía no desear una intervención armada, porque cuando llegó el momento decisivo éste acabó por colaborar sin reticencia a favor de los invasores.

Dos o tres plumadas le son suficientes a O’Gorman para exponer las ideas de José Manuel Hidalgo. Declara, que sin eufemismos, el autor de *Algunas observaciones acerca de la intervención europea en México* afirmaba que sólo un poder exterior podría salvar al país. Esto haría posible el establecimiento de un gobierno de orden, se fortalecerían los lazos con los países hispanoamericanos y se protegería a la Iglesia injustamente perseguida. Francia de ninguna manera atentaría contra la independencia de México, porque sólo aspiraba a lograr su independencia, a pacificarlo y a convertirlo en un dique que contuviese el impulso expansionista de los Estados Unidos.

No hay ninguna deformación en la manera de exponer el pensamiento de Hidalgo. Pero lo que no he podido entender es el motivo por el cual don Edmundo evade el necesario análisis de la discrepancia ideológica que había entonces entre los imperialistas que vivían en Europa. Tal reflexión a mi juicio es indispensable, para juzgar con más profundidad la actitud de Maximiliano y de Napoleón con respecto a México. Por lo menos

durante el periodo de 1861 a 1862, se impone el referido estudio, para mejor entender una de las fases del proceso.

La mayor parte de los políticos mexicanos de 1861, que se enfrentaron a la realidad de su momento, no veían sino esta terrible dualidad: el protectorado yanqui o la creación de una monarquía bajo el amparo de una potencia o de una liga de naciones europeas. Mas no existió propiamente hacia aquella época un partido monárquico de mexicanos en Europa. Los imperialistas actuaban por cuenta propia y estaban profundamente distanciados entre sí. Analizando su conducta desapasionadamente, es sorprendente percibir que no existía similitud ideológica entre ellos. Faltaba la identidad espiritual que puede a veces unificar a los hombres.

Debe insistirse en que si en aquel grupo pequeño de mexicanos que proyectaban el imperio, había hombres que defendían con un celo extremado los fueros y los intereses de la Iglesia, otros tenían la plena convicción de que era preciso gobernar con principios liberales. Almonte era uno de estos últimos.

Hidalgo, que se proclamaba católico, no era un clerical; siempre hubo una gran discrepancia entre él y Gutiérrez de Estrada. Se ha llegado a decir que el padre Miranda con su fina inteligencia, reconcilió a Gutiérrez de Estrada e Hidalgo, pero analizando bien la correspondencia de don José Manuel, podemos percibir que lo único que pudo haber existido entre los dos creadores del imperio era una cortesía aparente.

Gutiérrez de Estrada representaba un ideal que fue condenado por Metternich, Napoleón III, la emperatriz Eugenia y el propio Maximiliano. Hidalgo expresó en más de una ocasión el desagrado con que juzgaban las ideas del precursor del Imperio.

En cambio entre Almonte e Hidalgo parece haber habido cierta comprensión. Hidalgo demasiado afrancesado aceptó siempre la política imperial de Napoleón III, que distaba mucho de ser retrógrada.

De Almonte puede afirmarse que era un hombre culto, que conocía la historia política de su país. Había luchado ardientemente en las filas del liberalismo. Mas cuando creyó que la República cortaba el vuelo de sus ambiciones, se inclinó delante de Napoleón III para solicitar amparo y protección. El monarca francés lo trató con deferencia; la ilustración, las ideas liberales de Almonte, agradaron al emperador francés que vio en él a un hombre capaz de organizar un partido nuevo, que no sería ni

rojo ni reactor, sino imperialista, pero en todo caso un partido dispuesto a no renunciar a las victorias obtenidas por los reformistas. Si más tarde bajo la dominación del general Forey, Almonte tuvo algunas condescendencias con los conservadores, lo hizo por estrategia política y no por verdadera convicción.

En 1863 Elías Federico Forey, reunió una Junta de Notables la que procedió a escoger como sistema de gobierno el monárquico, a designar como candidato a Fernando Maximiliano de Austria y a enviar una comisión de personas que ofrecerían la corona imperial de México. A partir de ese momento sí creo que pueda ya hablarse de un partido monárquico organizado, aunque lo hubiese sido a la sombra del poder de los invasores. Al hablar de la Asamblea de Notables, O’Gorman ha intentado no justificarla pero sí explicarla. Al hablar de ella luce en este relato todo el brío de su dialéctica y su capacidad para la síntesis. Al analizar el dictamen dado por la asamblea para establecer el Segundo Imperio, declara que sus autores “se esmeraron en la lógica de la estructura”, y que “por éste y otros motivos” es un documento notable de nuestros anales parlamentarios; pero quizá su más alto interés radique en la hermenéutica que le sirve de fundamento. Contiene, en efecto, una síntesis de la idea que llegó a formarse la tendencia tradicionalista mexicana acerca de su propia historia, o si se prefiere, “una síntesis del pasado mexicano desde el punto de vista conservador”.³²

Los partidarios del nuevo gobierno revisaban el pasado reciente de México y creían encontrar en todos sus ensayos políticos la fuente de sus desgracias. Hacían profesión de fe monárquica y creían sinceramente en las ventajas de la protección europea. ¿Había en estas actividades un acto de traición a la patria? No lo creyeron así los conservadores, no lo cree tampoco O’Gorman; y lo mismo pensarán todos los observadores honrados que juzguen la historia a través de una reflexión serena y no desde el ángulo de la pasión de un sectario.

No pudo ser mayor el desacierto al pretender convertir a Maximiliano en el regenerador de México. Y al hacer referencia a Gutiérrez de Estrada y a quienes pensaban como él, O’Gorman declara que hablaban un lenguaje diferente al del archiduque. Para conocer el pensamiento de don Edmundo en torno a este asunto precisa hacer algunas transcripciones.

³² *A cien años del triunfo de la República*. Ob. cit., parte escrita por Edmundo O’Gorman, p. 406.

El 3 de octubre de 1863 el archiduque Maximiliano recibió en el palacio de Miramar a la diputación mexicana encargada de comunicarle el decreto de la Asamblea de Notables que lo llamaba al trono de México. Don José María Gutiérrez de Estrada, presidente de la diputación y principal arquitecto del monarquismo mexicano, fue el portavoz de aquella encomienda. En su discurso habló de la tendencia tradicionalista cargada de todas sus razones y llena de esperanza y júbilo por la inminencia de su realización. México, dijo el orador, restituido apenas “a su libertad por la benéfica influencia de un monarca poderoso y magnánimo” envía a sus representantes a entregar al príncipe de su elección el ofrecimiento formal de la corona. Durante más de medio siglo se han ensayado todas las posibilidades de que son capaces las instituciones republicanas, “tan contrarias a nuestra constitución natural, a nuestras costumbres y tradiciones” fuente, sin duda, de la grandeza de un país vecino, pero manantial inagotable de las desgracias de México. Pero Dios lo ha remediado todo y la nación es ahora dueña de su destino al abrir, por fin, la puerta a la monarquía. Con enorme tacto, pero de modo inequívoco Gutiérrez de Estrada le da a entender al archiduque lo que se espera de él. México, le dice, se promete mucho “de las instituciones que lo rigieron por el espacio de tres siglos”, legado espléndido que el republicanismo no ha sabido y no ha querido disfrutar. Pero tan preciosa herencia es la que dejó una monarquía y ahora, así se desprende, el imperio se precipitará a recogerla como guía y fundamento de su administración. Con un príncipe como el archiduque, prosigue el orador insinuando la obvia conclusión, “las instituciones serán lo que deben ser para afianzar la prosperidad e independencia” de su nueva patria, si bien concede que habrá que introducir “las modificaciones que la prudencia dicta y la necesidad de los tiempos exige”. Se logrará de ese modo el otro gran objetivo del monarquismo: poner un “antemural incontrastable a nuestra independencia” contra el expansionismo ideológico y territorial de los Estados Unidos, se entiende. Al presentarle al archiduque el decreto de la Asamblea de Notables, hace votos por poder anunciar pronto en México “la buena nueva” que también lo es “para Francia, cuyo nombre es desde hoy más inseparable de nuestra historia, como será inseparable de nuestra gratitud”. Concluye el orador con unas consideraciones sobre el sacrificio y abnegación que implica para Maximiliano el aceptar la corona. Se trata, sin embargo, de un deber que tiene para con la Providencia Divina y esto lo decidirá a no rehusar “con todas sus consecuencias, una misión tan penosa y ardua”. ¡Qué lejos estaba Maximiliano en ese momento de adivinar cuáles serían para él las consecuencias!

El archiduque agradeció el ofrecimiento, pero en vez de precipitarse a aceptar como seguramente lo habría hecho un Santa Anna, puso dos condiciones. La primera consistió en que toda la nación expresara libremente su voluntad y ratificara el voto de la Asamblea de Notables, porque de otro modo “la monarquía no podría ser restablecida sobre una base legítima y perfectamente sólida”. Maximiliano no se confiaba de una decisión emanada del gobierno militarmente impuesto por las tropas francesas; pero más a fondo, el archiduque daba muestras de sus convicciones liberales en el valor que concedía al voto popular, tan repugnante, recuérdese, a don Lucas Alamán, el más esclarecido jefe que conoció el partido conservador.

La segunda condición involucraba al gobierno francés. El archiduque requería las garantías indispensables para poner al imperio al abrigo de los peligros que amenazarían su integridad e independencia. Ese compromiso era el de Napoleón III y todos sabemos de qué modo no lo cumplió.

Establecida así la aceptación condicional por parte de Maximiliano, prosiguió, con el mismo tacto e igual intención de Gutiérrez de Estrada, a esbozar los lineamientos generales de “la alta misión civilizadora” que estaba ligada a la corona de México. Se proponía seguir, explícita, el ejemplo del emperador su hermano o sea abrir “por medio de un régimen constitucional, la ancha vía del progreso basado en el orden y la moral” y una vez pacificado el país sellaré dice, “con mi juramento el pacto fundamental con la nación”. “Únicamente de ese modo, aclara, se podría inaugurar una política nueva y verdaderamente nacional, en que los diversos partidos, olvidando sus antiguos resentimientos, trabajarían en común para dar a México el puesto eminente que parece estarle destinado entre los pueblos.”

Así se desarrolló aquel equívoco diálogo de atravesadas intenciones y que debería haber bastado a la diputación mexicana para echarse a la busca de otro candidato. Si en lenguaje de diplomacia Gutiérrez de Estrada le indicó a Maximiliano que bajo su mandato se deberían restablecer en México las condiciones de la vida colonial, que casi a eso equivalían las sugerencias que hizo, en igual idioma contestó Maximiliano para transparentar que no era ésa, en absoluto, su intención. Como cualquier buen republicano quería un plebiscito; un régimen constitucional, y “una política nueva” que abriera al país la ancha vía del progreso. Ni una palabra de esperanza o de consuelo para las veneradas tradiciones coloniales. Ya se va notando que no iba a ser el imperio soñado por los conservadores.³³

³³ Ob. cit., p. 416.

La cita ha sido larga, pero era necesaria, sobre todo para el lector que desconozca el trabajo de Edmundo O’Gorman. No se hizo de la obra *A cien años del Triunfo de la República* una publicación accesible a un vasto público. La edición fue de lujo y no ha circulado demasiado.

Ahora bien, según los conservadores, Maximiliano personifica el catolicismo y el principio monárquico. Gutiérrez de Estrada ha hablado una y más veces de la sublimidad de la obra colonizadora de España y ha hecho una vehemente defensa de la tradición, pero el esfuerzo para que se escuchen estos argumentos, ha sido tan tenaz como inútil.

Nada de esas pasadas glorias; nada de esa veneración a los abuelos; nada de esas raíces coloniales tienen eco en Maximiliano. El diálogo sigue en el terreno de sorda y mutua inatención. La respuesta del archiduque va sin adornos de retórica; es la escueta confirmación de su anterior discurso y el anuncio, aún más puntual, de su programa. Cumplidas, dice, las dos condiciones que puso para ceñirse la corona, no le queda sino declarar que acepta “el poder constituyente con que ha querido investirme la nación”; pero, añade, “sólo lo conservaré el tiempo preciso para crear en México un orden regular, y para establecer instituciones sabiamente liberales”, y tal como lo había anunciado en su discurso del 3 de octubre anterior, reitera que se apresurará “a colocar la monarquía bajo la autoridad de leyes constitucionales, tan luego como la pacificación del país se haya conseguido completamente”. Con rechazo expreso del poder discrecional que se suponía tan inherente al régimen monárquico, Maximiliano expone a continuación su fe en que “la fuerza de un poder se asegura mucho más por la fijeza que por la incertidumbre de sus límites” y piensa probar así “que una libertad bien entendida se concilia perfectamente con el imperio del orden”.³⁴

No niega O’Gorman la influencia de los Estados Unidos, en el gran drama que estamos examinando. Mientras los conservadores ven en la poderosa República nórdica la amenaza de su poderío y la representación de la barbarie, los republicanos aun temiendo a los Estados Unidos lo toman como paradigma del orden institucional.

Indudablemente tiene razón O’Gorman cuando dice que el triunfo de la República representa no sólo la victoria contra un enemigo exterior, sino contra su poderoso enemigo interno que

³⁴ *Ibid.* pp. 417-418.

al fin es definitivamente liquidado. El principio monárquico queda para siempre destruido. De no aceptarse así “la grandeza de la resistencia constitucionalista queda reducida a la miseria de una oposición sin oponente, y el mayor timbre de gloria de don Benito Juárez, a la de un caballero vencedor de un rebaño”.³⁵

En síntesis, Edmundo O’Gorman, sondeó nuestro devenir histórico, para precisar cómo se fue integrando el ser de México. Para él, la victoria de la República es no sólo un triunfo local, sino de importancia continental. “El triunfo de la República, consiste en que con esa victoria del liberalismo expiró la Nueva España al cobrar México por primera vez en plenitud su ser como nación del Nuevo Mundo. Fueron, pues, el presidente Juárez y su gobierno quienes en 1867 lograron convertir, por fin, en una realidad esa ‘América Mexicana’ que habían intuido desde 1810 los caudillos insurgentes como la única perspectiva con futuro histórico para México.”³⁶

Ya explicamos en páginas anteriores que el nacimiento, el desarrollo y la muerte de la idea imperial, fueron el objetivo fundamental perseguido por Edmundo O’Gorman. Pero esto no quiere decir que no hubiese examinado el ideario de los republicanos, mas tal análisis fue mucho menos profundo y completo que el que se hizo para explicar la ideología monárquica.

Un espíritu desprovisto de prejuicios tiene que reconocer que la visión de Edmundo O’Gorman al juzgar los acontecimientos de la intervención francesa, el imperio y el triunfo de la República es menos completa que la de Justo Sierra y Carlos Pereyra, quienes todavía hasta la fecha permanecen como dos cumbres insuperables dentro del amplio marco de la historiografía a la que nos hemos referido. En *Juárez, su obra y su tiempo* como en *Juárez discutido como dictador y estadista* se analizan con profundidad el pensamiento liberal y el conservador, la idea monárquica y la republicana. Hay en estos trabajos un estudio profundo de historia social, política, económica, administrativa y diplomática.

Por otra parte precisa confesar que fue un belga quien hizo en 1967, uno de los mejores trabajos sobre asuntos de la intervención francesa y el imperio de Maximiliano.³⁷

³⁵ *Ibid.* p. 413.

³⁶ *Ibid.* p. 431.

³⁷ Albert Duchesme. *L’expédition des volontaires belges au Mexique. 1864-1867.* Bruxelles, Musée Royal de l’armée et d’histoire militaire.

En estilo sobrio y con lúcidas reflexiones, si bien sólo examinó el asunto relativo a la expedición de los belgas, preciso es reconocer que en tal trabajo hay un excelente aprovechamiento de ricas fuentes unido a un rigor científico y a una ausencia de bajas pasiones. Conoce el autor admirablemente el escenario de los acontecimientos, ha investigado en archivos y estudiado en bibliotecas y hemerotecas con una tenacidad no común.

Quien examine las diferentes historias, que han pretendido dar una visión de conjunto sobre la intervención francesa y el Segundo Imperio, podría percibir que se apoyan más bien en fuentes bibliográficas que documentales. Es sin duda alguna este periodo de nuestra historia nacional, uno de los más complejos del siglo XIX. No puede comprenderse la historia de México de 1861 a 1867 si no es analizada con perspectiva universal. Sin consultar los archivos de Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Bélgica, Italia, Austria y España, es imposible lograr un conocimiento pleno de la época. Precisa conocer además, por lo menos a grandes rasgos, la historia social, política y económica de estos pueblos, para explicar la influencia que tuvieron en los destinos de México.

Ya he dicho en otra ocasión que no se exagera si se sostiene que el estudio del periodo histórico a que hemos hecho referencia, tardará algunas décadas para que sea objeto de interpretaciones rigurosamente científicas y para que se le aborde de una manera integral. Desgraciadamente la investigación histórica reclama poseer recursos económicos de los que no puede siempre disponer el historiador.

Si el profesional de la historia o el simple aficionado tiene enormes dificultades para hacer el estudio documental de la historia de la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano, la consulta de los libros fundamentales sobre este periodo comienza a ser un serio problema. Obras como las de Francisco de Paula de Arrangoiz, Ignacio Álvarez, Juan de Dios Arias, Manuel Santibáñez, Felipe Buenrostro, Emmanuel Masseras, Gustave Léon Niox, Charles François du Barail, Pierre Lano, Paul Gault, Charles Blanchot, Henri Loizillon, Léonce Détrayant, Edgar Quinet, Pierre de la Gorce y Charles d'Héricault son ya joyas bibliográficas y muchas de ellas han desaparecido de nuestras bibliotecas.³⁸

³⁸ Martín Quirarte, prólogo a la obra *México desde 1808 hasta 1867* de Francisco de Paula de Arrangoiz. México, Editorial Porrúa, 1968.

No quiero dejar en el lector la impresión de un escepticismo incorregible. Soy de los que mantienen siempre “una ventana abierta a la esperanza”.

Varias librerías llevan a cabo esfuerzos para difundir las obras fundamentales para el conocimiento del periodo que nos ha ocupado. La Editorial Porrúa publicó el *México desde 1808 hasta 1867* de Arrangoiz, las *Revistas históricas sobre la intervención francesa* de José María Iglesias, *Memorandum sobre el proceso del archiduque Maximiliano de Austria*, las *Memorias de Salm Salm*. La Editora Nacional ha publicado los libros de Kératry, Blasio y Basch. Todo esto contribuirá indudablemente a difundir obras que antes sólo eran el privilegio de unos cuantos.

Con motivo del triunfo de la República la Secretaría de Educación Pública editó una colección de folletos que tuvieron como objetivo lograr una divulgación popular. Si multitud de estos cuadernos no rebasaron los límites de una medianía, tampoco faltan los grandes autores como José Valadés y Federico Berrueto.

En esta colección se han logrado trabajos como el *Nicolás Romero* de Daniel Moreno que están hechos para penetrar en el alma del pueblo. En ésta como en otras publicaciones ha puesto el autor una pasión generosa al servicio de una causa noble.

Ahora bien, cabría preguntarse si hemos logrado esa madurez cívica de que habla O’Gorman. Si no se ha logrado plenamente, nos hemos en todo caso aproximado mucho a ella.

La publicación de *El triunfo de la República en el horizonte de su historia* de Edmundo O’Gorman, en edición oficial, supone necesariamente un progreso ideológico notorio. Y no se trata de un esfuerzo aislado.

El Instituto Nacional de Antropología e Historia está llevando a cabo multitud de publicaciones en las que se da una libertad ideológica a los autores y se estudian los problemas más escabrosos desde un plano de absoluta serenidad. Con un gran sentido también de respeto a la libertad, el Instituto de Investigaciones Históricas de nuestra Universidad y el Colegio de México han protegido valiosas investigaciones.

Si en la última mitad del siglo, los mejores trabajos sobre la intervención francesa y el imperio fueron escritos por extranjeros, que nos toque ahora a los mexicanos, en un futuro próximo lograr las más acabadas síntesis, sobre una época que culminó con el triunfo de la diplomacia mexicana y con la consolidación de nuestra nacionalidad.